

CENTURIA 30

JOHNNY GARLAND

Presidente, ha sido un placer conocerle.

Eran palabras históricas, palabras emitidas por el gobernador general de las Colonias Planetarias, en su visita oficial al presidente del Sistema Solar.

El presidente, alto y noble, enjuto y canoso, extendió la mano. El gobernador Xhan había sido su enemigo político hasta entonces. Éste era pues un encuentro altamente significativo; la paz, la tolerancia mutua, la reconciliación de ambos.

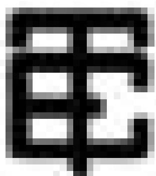
—Bienvenido, gobernador Xhan —sonrió el presidente.



Johnny Garland

Centuria 30

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 290



ePub r1.0

LDS 04.01.19

Título original: *Centuria 30*
Johnny Garland, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



«*… y cuando el año 3000 llegó, la Humanidad alcanzó la Treinta Centuria de la Era Cristiana.*

Y entonces, en el siglo XXX, sucedió que la Tierra y sus hombres no habían cambiado tanto como realmente parecía… Quizá porque el tiempo transcurre inexorable sobre los pueblos y las gentes… Pero el Hombre se mantiene inmutable, sujeto a un destino ancestral que el progreso del futuro, por remoto que éste sea, no puede alterar en sus hechos fundamentales. Como el Espíritu y la Fe tampoco pueden cambiar, ya que Dios también estará por encima de los hombres de la Treinta Centuria…

Y así sucedió entonces, en el año 3000 de nuestro Mundo, que…».

CENTURIA
30



CAPÍTULO PRIMERO

AÑO 3000



residente, ha sido un placer conocerle.

Eran palabras históricas, palabras emitidas por el gobernador general de las Colonias Planetarias, en su visita oficial al presidente del Sistema Solar.

El presidente, alto y noble, enjuto y canoso, extendió la mano. El gobernador Xhan había sido su enemigo político hasta entonces. Éste era pues un encuentro altamente significativo; la paz, la tolerancia mutua, la reconciliación de ambos.

—Bienvenido, gobernador Xhan —sonrió el presidente.

También fueron palabras históricas. Las últimas que pronunció el presidente.

Luego, estrechó la mano de su interlocutor.

Después… murió.

Una luz cárdena envolvió al presidente del Sistema Solar. Al tocar la mano de Xhan, pareció que ésta despidió chispas. Xhan se carbonizó inmediatamente.

Después, fue el presidente quien ennegreció horriblemente, y cayó, mezclado aún al cadáver de Xhan, fundidos ambos en aquel apretón macabro.

Hubo una inmovilidad, un silencio de estupor, de incredulidad. Las cámaras de la Cosmo-Visión, mantuvieron su imagen proyectada a todos los planetas habitados. Y, en la imagen, los dos cuerpos sin vida, abrasados por una descarga de gran potencia.

Después, Xhan apareció en la plataforma presidencial, surgiendo de detrás de una de las grandes columnas plateadas y espejeantes del Gran Salón.

—Ahora, yo soy el presidente —dijo.

Su guardia estaba armada. Antes, no. Ahora, lo estaba. Mantenía las armas fijas en los presentes. Dominaban la situación. Y nadie sabía aún cómo fue ello posible.

Xhan estaba muerto, muerto con el presidente, carbonizados ambos, sobre la plataforma negra de la Gran Sala Mundial.

Y Xhan estaba vivo, estaba allí, erguido ante sí mismo, ante el presidente, dirigiéndose solemnemente a todos los planetas del Sistema:

—Ahora, yo soy el presidente.

Nadie lo entendía. Pero así sucedía.

Era el día 1 de enero del año 3000. Sucedía en Zoran, capital del Gran Sistema Solar; en el planeta Tierra, centro vital del Sistema…

* * *

Alana separó sus labios de Xhan. Seguía teniendo la misma melosa coquetería, la misma cálida efusión para las caricias, que habían enloquecido a Xhan.

Continuaba siendo hermosa, seductora, arrebatadoramente femenina en sus afectos. Cuando retiró los labios, jugosos y rojos como una fruta madura, dijo sencillamente:

—Te amo, Xhan. Te amo porque eres fuerte, audaz, resuelto…

—¿Sólo por eso? —sonrió Xhan.

—Eres mi esposo, Xhan. Eso bastaría. Pero, además, amo la

fuerza, la decisión, la autoridad. Tú lo sabes. Ahora, querido, eres el hombre más fuerte del Universo.

—Sí. Yo poseo el Sistema Solar entero. Soy el hombre más fuerte. Pero tú posees al hombre que es dueño de todo. Por tanto, Alana querida, tú eres aquí la más fuerte.

—Mi vida… —susurró ella, melosa.

Entornó los fascinantes ojos color ámbar, le rodeó con sus brazos desnudos, le atrajo hacia sí, apoyó su cabeza en el atrevido seno. Sentía el gozo de aquella posesión sin igual. Era la primera mujer del Universo. Lo sabía. Y un placer morboso, una embriaguez sutil, dominaba sus sentimientos, su razón toda, la hacía estremecer, desde la raíz de los cabellos color champaña, hasta sus piernas broncíneas, rematadas por las uñas esmaltadas de azul-plata de sus pies, menudos y bellos, calzados con chanclos de cristal flexible.

Xhan se dejó acariciar el cabello, oscuro y crespo. Suspiró, satisfecho. Era fuerte. Muy fuerte. Allí, frente a él, al otro lado de la gran balaustrada semicircular, Zoran era un salpicado de luces radiantes, multicolores, entre altos edificios cristalinos, entre osadas rutas elevadas, plataformas curvas, oblongas o serpenteantes, altísimas estatuas de color azul o dorado y alamedas artificiales, bajo los proyectores de luz solar concentrada, que hacían de la noche una simple escala semiluminosa, entre el día y la noche de tiempos pretéritos.

Ahora, en aquella balaustrada, Xhan estaba asomado, contemplando los estanques negros y cristalinos, salpicados de flores de colores vivísimos e incomparables. Su guardia personal, le rodeaba, atenta, guardando al nuevo presidente del Sistema Solar.

Sí. Xhan estaba fuera, en la gran galería asomada a la superciudad moderna de Zoran. Y también estaba allí dentro, junto a la hermosa, sensual y sinuosa esposa, Alana.

El extraño fenómeno de la duplicidad de seres se repetía. Igual que el día en que el presidente murió. Y solamente unos pocos conocían el secreto: Alana, él mismo… su reducida guardia personal, formada por cinco hombres de toda confianza. Cuatro soldados… y Rhuno, su capitán.

La figura del «doble» de Xhan, aparecía erguida, solemne ante el paisaje nocturno de la gran urbe, primera ciudad del Planeta Tierra y capital planetaria del Sistema Solar controlado por el Gobierno

Terrestre.

Parecía real, humana. Pero también, a veces, parecía una extraña, rígida estatua, elevada por un artista genial, capaz de copiar la realidad con sus mismos tonos, matices y materias. Una estatua de carne, erguida en el suelo espejeante, negro y terso, de la curvada, audaz terraza del Palacio Central.

—Tengo sueño, querido… —se desperezó lánguida, cadenciosa, la arrebatadora Alana—. Retirémonos…

—Sí, mi amor…

Xhan se inclinó, tras besar cálidamente su hombro. Oprimió un resorte, un simple botón sobre su cinturón cuajado de pedrerías. La figura, allá afuera, se movió de pronto.

A pesar de la suavidad de movimientos, había algo mecánico en el presidente Xhan de la terraza. Su figura humana, normal, avanzó lenta, apaciblemente, como si la presión del otro Xhan sobre aquel resorte de su cintura, le hiciera moverse, funcionar.

La guardia le siguió. La cristalera de separación deslizose en silencio. Xhan entró. El otro Xhan dejó de presionar el botón. Xhan, el de la terraza, quedóse inmóvil ante él. Cada uno parecía el espejo del otro. Sólo que un Xhan seguía teniendo vida; el otro, no.

—Todo sin novedad, señor —informó el capitán Rhuno, entornando sus ojos oscuros y penetrantes. Inclinó la cabeza—. La ciudad descansa en paz. Nadie sale de sus casas, tras la sirena de retirada. Las patrullas de la Brigada del Silencio recorren las avenidas. No informan novedad alguna.

—Sí, Rhuno —suspiró Xhan—. No puede ser de otro modo. Si quieres tener al pueblo en paz, mantenlo bien sujeto. Son como las fieras. Sólo respetan al domador…

Rió, como si tuviera gracia. Alana coreó esa risa, meciendo su figura armoniosa. Rhuno tuvo que hacer un evidente esfuerzo por no contemplar la figura de mujer, agresiva y violenta, adhiriéndose sus curvas a la suave, tenue fibra, sedosa de su túnica blanca, translúcida.

—Vamos, querido —bostezó la hermosa—. Es tarde.

Xhan se retiró. Quedóse su guardia. Rhuno se acercó a la gran vidriera. Presionó un resorte. Entre las dos láminas de cristal blindado del ventanal, emergió una bruma violácea. Como una cortina de gas opaco, veló la visión exterior. Ya nadie podía

contemplar el palacio desde fuera. Ni el exterior desde allí.

—Vamos —dijo a la guardia. Miró a la contrafigura de Xhan, inmóvil como un maniquí, en medio de la sala. Sonrió cínicamente —. Esperad. El presidente Número Dos debe reposar aquí…

Se inclinó. Tomó simplemente a Xhan Dos, como lo que era: una figura artificial plástica, de una materia idéntica a la carne. Lo trasladó al sofá, cálido aún por el contacto del cuerpo de Alana.

—Reposa ahí, Presidente —rió el capitán Rhuno—. Buenos sueños…

La figura mecánica, perfecta, pero sin vida cuando no dependía de los controles del auténtico Xhan, se quedó allí, rígida, inmóvil, inanimada.

Era tan perfecta como aquella que engañó al Presidente, el día primero de enero del año 3000, tan perfecta, que estando en movimiento, nadie hubiera podido descubrir el engaño. Por eso murió el Presidente, cuando un maniquí de plástico le soltó la descarga de alta tensión que Xhan había preparado para el instante del contacto de ambas manos, en el histórico saludo de reconciliación.

Así, Xhan, el Gobernador de Colonias Planetarias, había llegado al supremo puesto de los Mundos: él era el Presidente, nadie más estaba sobre él.

Debajo del Presidente… la Tierra y los demás planetas colonizados. Y todo ello sometido, todo reducido a la esclavitud silente, a la quietud obligada, a la tiranía de un hombre que sabía cuanta gente era leal aún al Presidente y que amordazaba los mundos por el terror.

Así era Xhan, el Presidente.

Así era el mundo, así eran los Mundos, en los primeros días de la Centuria Treinta de nuestra Era…

CAPÍTULO II

HIJOS DEL PRESIDENTE


ltea y Ghor, condenados a morir en el Atomium Internacional. Es la sentencia definitiva del Alto Tribunal Universal. Lauro, libre de culpas, y por haber jurado lealtad al Presidente Xhan, obtiene el perdón absoluto, la libertad y, si así lo desea, un cargo oficial en la Suprema Presidencia…

—¡Traidor! ¡Caín! ¡Cobarde!

Fueron tres gritos, tres voces, tres insultos, todos dirigidos a Lauro.

No los habían proferido Ghor y Altea, que pálidos y serenos escuchaban imperturbables la fatídica sentencia. La sonrisa de Lauro, en su rígido semblante, se crispó bajo los insultos.

Los Jueces se miraron entre sí. Hubo un mosconeo de rumores en la gran sala.

—¡Allí! —señaló un guardián armado, desde las altas

plataformas que dominaban toda la vasta sala de Juicios Universales—. ¡Fila Doce!

Un hombrecillo se levantó, convulso, lívido, con ojos dilatados, amenazó con el puño hacia el elevado estrado del Alto Tribunal Universal, chilló:

—¡Sí, yo he sido, tiranos, ruines verdugos de la Humanidad! ¡Viva el Presidente! ¡Muera Xhan y su imperio de terror…!

Trató de escapar, era inútil, lo sabía él, lo sabían todos, bastó que uno de los oficiales uniformados de negro, brillante y sedoso, hiciera un gesto. En su mano asomó un disco que disparó una zigzagueante chispa azul.

La chispa parecía flotar sin dirección sobre las cabezas atemorizadas del público, pero, inevitablemente, se dirigía a toda figura en movimiento, atraída como por un imán.

—¡Nooo! —gritó el fugitivo, deteniéndose—. ¡No, por Dios! ¡Es un crimen… un…!

La chispa azul le alcanzó. Creció, en un fogonazo centelleante, de un azul cegador. Cuando se extinguió la luz, no quedaba nada, ni chispa… ni hombre.

—Siga el juicio —continuó con voz clara, helada, uno de los jueces.

Nadie replicó, nadie se movió. Ojos llenos de temor miraron a los negros oficiales de la Guardia Presidencial, como si fueran Parcas. Verdugos, hacha en alto.

—Otro más —suspiró Altea, inclinando su cabeza color plata—. ¿Y así hasta cuándo?

—Hasta la muerte de todos —dijo roncamente Ghor—. Hasta la muerte de la libertad y del espíritu del hombre…

Los dos condenados no hablaron más. Allá, en otro estrado, Lauro se levantó. Su mirada penetrante recorrió la sala. Su nariz halconada proyectaba una sombra siniestra en su rostro anguloso, joven y duro, bajo el cabello rubio-pálido.

—Gracias doy a este Alto Tribunal. Magnanimidad y buena fe, es la norma de Xhan, el nuevo Presidente. Yo, hijo de Gah, el anterior Presidente, acato su autoridad y reniego de mi padre, que no supo ser Presidente ni demostró fuerza ni inteligencia.

Ghor apretó los puños, rechinó sus dientes, incorporóse, convulso.

—¡Perro, caín asqueroso! —gritó—. ¡La maldición de Dios caiga sobre ti!

Un soldado de negro uniforme le obligó a sentarse de nuevo, con violencia. Altea se limitó a alzar los ojos color esmeralda, mirando a Lauro, y susurró, estremecida:

—Cielos… ¡Y ése es mi hermano! ¡Y ése lleva nuestra sangre…!

Lauro sonreía fríamente. Señaló a sus dos hermanos sentenciados. Habló, con dureza, con voz clara, que llenó toda la sala:

—¡Ved, la torpeza, los errores y el atraso de los amores familiares a lo que conduce! ¡Vosotros seréis ejecutados por negaros a acatar a un Presidente, a una ley que todos, TODOS, estamos obligados a aceptar, con orgullo y satisfacción!

Altea tampoco se movió, pero habló, en el silencio, y su voz también llegó a todos los rincones:

—Vale más morir… que verse tan bajo, tan nauseabundo como tú te ves, Lauro… Te compadezco. Tu muerte no será digna ni honrada. No puede serlo, la de aquel que niega todo lo más hermoso de esta vida, sólo por medrar y arrastrarse a los pies de su amo…

Lauro palideció. Sus ojos miraron con odio a Altea, su hermana. El juez golpeó un gong de plata y anunció:

—No se discutirá más aquí. Cúmplanse las sentencias. Solamente el perdón presidencial puede conmutar vuestra pena final, substituyéndola el traslado a los campos de prisioneros de los desiertos de Marte… Se ha terminado el juicio.

Incorporóse el Tribunal. La gente comenzó a salir, bajo las escudriñadoras miradas de las hileras de guardianes, y los controles invisibles de las células fotoeléctricas, que hubieran señalado la menor rebeldía o conato de violencia, poniendo en funcionamiento la alarma general.

Ghor y Altea fueron conducidos a sus celdas. Los dos jóvenes se separaron ante las puertas vecinas. Se miraron. Su amor de hermanos asomó en las pupilas de la hermosa muchacha del pelo de plata, lo mismo que en las del joven de cabello albino y arrogante figura.

—Hasta la hora final, Altea —dijo Ghor.

—Hasta la hora final, Ghor —respondió su hermana.

Se separaron. Entraron en sus celdas respectivas. Las puertas de metal blanco se cerraron silenciosamente.

La Ley de Xhan ya había dictado sentencia. Ya estaba sellado el destino de los tres hijos del Presidente Gah.

La muerte, o el destierro y esclavitud eternos, para los dos leales. El perdón y el lucro para el Caín de la familia…

* * *

—Creo que es una idea divertida, Alana querida…

—Claro, mi adorado Xhan —rió alegremente ella, saliendo del baño rosado, envuelta voluptuosamente en una gran toalla dorada, que se adhería a su cuerpo sinuoso, empapado de agua jabonosa—. Todo un espectáculo. La Ley de los Planetas, prohíbe que sean utilizados, en espectáculos de algún peligro, ciudadanos que no sean reos de penas graves, cuyas penas quedarán conmutadas por el Código Interplanetario, en el momento mismo de sobrevivir a dichas pruebas, voluntarias u obligadas. Si matas a los hijos de Gah, te privas de un hermoso espectáculo, de la mejor atracción posible: ¡verles frente a los *hipotauros* de Venus, en la Gran Arena, luchando inútilmente por obtener la vida y, con ella, el perdón! Morirán, les verás despedazados, pero no sin que te diviertas tú, me divierta yo… y se diviertan todos. Vamos, querido, piénsalo… y resuelve.

Xhan, dejándose acariciar por los raudales de agua perfumada y cuajada de burbujas multicolores, jabonosas, que brotaba de las duchas, reflexionó, ceñudo. Alana substituyó la toalla de oro por un kimono corto, de sedaplast rojo, que daba un aire inquietante a su figura.

—Resuelto —gruñó por fin Xhan—. He tomado mi decisión.

Cortó las duchas. Sin importarle ir desnudo, chorreando agua perfumada y jabón en pompas irisadas, cruzó el suelo de baldosas de cristal rojo, alcanzó un televisófono, y conectó su pantalla de color. Inclinó la cabeza sobre el micrófono, cuando apareció el rostro de su oficial de guardia.

—A la orden, señor Presidente —dijo el oficial.

—Orden urgente para la Torre de Justicia —dijo Xhan—. Envíe oficio presidencial. Ejecución de Ghor y Altea, hijos del Presidente Gah, suspendida. Indulto del Presidente Xhan. Serán enviados a los

desiertos de Marte para toda la vida.

—A la orden, señor —se apagó la imagen, en la pantalla.

Xhan cerró el emisor-receptor. Se volvió a su esposa.

—¿Complacida? —preguntó, sonriente.

—Mucho, querido —rió Alana—. Voy a ser muy feliz, viendo a esa hermosa muchacha de cabello de plata, luchar inútilmente contra la muerte… Aún recuerdo los días en que se decía que ella era la más hermosa criatura de los Planetas. ¡Estúpida niña mimada! Siempre fui yo, Alana, la más hermosa. ¿Verdad, amor mío?

—Verdad, querida —asintió Xhan, rodeándola con sus brazos apenas un momento, ya que ella se escabulló, y alejóse riendo, hacia los jardines del palacio.

En la Torre de Justicia, dos vidas acababan de salvarse. Pero el destino que se las reservaba, era peor que la muerte. Primero, trabajos forzados en Marte… Luego, el final cruel, frente a los *hipotauros* de Venus…

* * *

Lauro aparecía arrogante con su nuevo uniforme. Erguido frente a Xhan, escuchó en silencio las palabras del Presidente:

—Sé de tu comportamiento ejemplar —habló Xhan—. Más de doscientos leales a tu padre han sido muertos por tus patrullas de vigilancia, más de veinte edificios de ciudadanos enemigos de mi Gobierno han sido destruidos o desalojados, en rondas nocturnas, y hasta un millar de cautivos por iguales causas, han ido a parar a la cámara de muerte del Atomium, o a los campos de cautiverio de los Planetas. Lauro, esa lealtad te honra y te hace acreedor a un premio: serás el jefe personal de mi guardia, ya que Rhuno pasa al cargo de comandante de patrullas en el palacio presidencial. Espero tenerte siempre muy cerca de mí, y nadie, absolutamente nadie, se acercará a Xhan, el Presidente. ¿Convenido?

—Convenido, señor.

—Se utilizará la contrafigura de plástico magnético, controlado por radio, en toda salida pública. Yo no debo correr riesgos. Tú cuidarás de que siempre esa contrafigura actúe y sea vigilada como si fuera yo mismo. Eso es todo, Lauro.

Le aplicó, sobre el pecho, el distintivo verde de su Guardia Personal, orlado en plata. Destacaba brillantemente sobre el negro del uniforme. Lauro se cuadro, satisfecho de la distinción.

—Siempre será un placer servirle, señor Presidente —dijo Lauro.

—Si así lo haces, nunca tendrás queja —sonrió Xhan. Palmeó su hombro—. Tú eres inteligente y ambicioso. No te dejas llevar por sensiblerías estúpidas, propias de mil años atrás. Me gusta la gente como tú… Llegarás lejos, muy lejos, si sigues siempre junto a mí…

Se alejó Xhan, con paso solemne. Desapareció en sus estancias. Lauro, inclinado ceremoniosamente, alzó luego la cabeza, para abandonar las estancias presidenciales.

Entonces vio Alana.

La esposa de Xhan volvía de los jardines del palacio. Llevaba una túnica corta, color ámbar y negro, hasta medio muslo. Estaba hermosa, arrogante, arrebolada por una carrera entre las frondas floridas.

Se detuvo. Su mirada se cruzó con la de Lauro. El nuevo oficial la estudió, con ojos relampagueantes. Ella se estremeció, rehuyó la mirada. Luego, sin decir nada, se encaminó a la puerta misma por la que saliera su esposo. Su figura se contoneaba provocativamente. Lauro no la perdió de vista.

Antes de llegar, detúvose, giró la cabeza, miró a Lauro.

—¿Quién eres?

—Lauro, hijo de Gah —informó él.

—¿Hijo del Presidente muerto?

—Sí. Leal al Presidente Xhan. Soy su nuevo jefe de Guardia Personal.

—Eres joven y arrogante, Lauro —suspiró ella—. Yo soy Alana, la esposa de Xhan.

—Hermosa como nadie. Jamás vi nada igual. A pesar de cuanto me dijeron de su belleza, señora… la realidad es muy superior.

—Gracias —ella respiró hondo. Su potente seno subió y bajó, tumultuoso—. Nos veremos a menudo, Lauro. Quizá seamos buenos amigos tú y yo…

—Sería un placer, señora —dijo simplemente Lauro.

Ella sonrió. Y desapareció rápidamente.

Cuando se quedó solo, fue Lauro quien sonrió. Extraña, enigmáticamente…

CAPÍTULO III

FORZADOS EN MARTE

rena, arena…

Y una luz tenue, difusa, enfermiza. Un sol lejano, rojizo. Un aire frío, polvoriento. Un viento lejano, ululante, limando lomas y cumbres, arrastrando un polvillo cárdeno. Arenas… Arenas del desierto de Marte…

La hilera volvía; lenta, fatigosa, cansada.

Como siempre volvía al campamento, tras la tarea agotadora. Durante tres veces, les era dado ver, en el día marciano, la salida y desaparición de Fobos, el satélite grande y ligero. En cambio, Deimos, el pequeño, hacía lo inverso: tres días tardaba en cruzar el cielo de Marte…

Jadeaban los obreros forzados, pese a los pulmones plásticos, aplicados a su respiración, para filtrar el aire marciano, más rico en dióxido de carbono que en oxígeno. El trabajo siempre era duro,

largo, agotador. En Marte, se alzaban nuevas ciudades, nuevas industrias. Pero todo, a base de ellos, los forzados. Los sentenciados a aquella pena, eran pocos, muy pocos en tiempos del Presidente Gah, sólo culpables de delitos comunes.

Ahora, presos políticos por millares, formaban las forzadas legiones que las patrullas de uniforme negro del Presidente Xhan, escoltaban hasta su lugar de reposo. Relativo reposo de unas horas, lo preciso para ingerir alimentos infectos y dormir lo preciso para volver a la tarea, bajo la luz muerta del triste día de Marte.

A veces, llegaba una leva. Orden de la presidencia, que arrancaba cautivos de Marte, con destino a diversiones y juegos mortales, allá en la Tierra. Como un retorno a la barbarie del pasado, como un círculo que se cerrase allí donde empezó, tres mil años después de sus albores, nuevamente los circos, el espectáculo salvaje y monstruoso de los hombres luchando con la fieras, ante un público furibundo, encrespado, ávido de sangre…

Roma la Imperial, resurgiendo universalmente, en un Sistema Solar dominado por la brutalidad y la tiranía del Hombre…

¿Qué podía esperar a los pobres cautivos, enfrentados a *hypotauros, rinotigres* o serpientes aladas de Venus y de Júpiter, sobre las arenas o en las grandes piscinas elevadas de muros de cristal? ¿Qué podía hacer el combatiente humano, sobre la tierra o en el agua, sino morir frente al poder mortal de aquellos monstruos de otros mundos?

Y así, ninguno volvía jamás. Todos sabían entonces lo que había sucedido. Todos lo sabían, aun antes de suceder realmente…

Aquella tarde, cayendo el sol hacia el horizonte remoto, brumoso y turbio del planeta triste y agonizante, todos pensaban lo mismo. Hacía tiempo que no eran reclamados nuevos cautivos para divertir a la sociedad ensangrentada de la época. ¿Cuándo sería la próxima leva? ¿Y cuántos… y QUIÉNES?

La idea estaba en todas las mentes desde hacía días. A cada nueva jornada en los campos arenosos de Marte, el cuerpo agotado pedía reposo. Pero el cerebro, despierto y tenso, se hacía la pregunta con fuerza renovada, con temor creciente.

El día estaba cerca, ellos lo sabían, lo intuían…

Y entre ellos, estaban Ghor y Altea. Los dos sabían también que, un día u otro, llegaría la muerte para ellos. No se habían hecho

jamás ilusiones con la magnanimidad de Xhan. Estaban seguros de que, precisamente ellos dos, constituirían especial atracción en el Circo Universal que, periódicamente, abría las puertas de su gigantesco, fabuloso estadio, a miles de espectadores despiadados, crueles, decididos a gozar con el espectáculo brutal de una matanza revestida con el falso aire de un duelo entre humanos y bestias siderales de terrible poder…

—¿Crees que puede ser hoy, Altea? —musitó Ghor de pronto, deteniendo un momento el arrastrar de sus fatigados pies sobre la roja arena marciana.

—Presiento que sí, Ghor —asintió ella—. Y también tengo la corazonada… de que nosotros vamos a ir en esta ocasión.

Ghor asintió, pensativo. No había echado a andar. Quizá ni siquiera advertía que estaba parado. Tuvo que recordárselo, agria y duramente, un trallazo de un látigo eléctrico.

Echó a andar, con un gemido, dominando su ira, su tentación de arrojarse sobre el guardián de negro uniforme que cabalgaba, a lomos de una cebra azul de Marte, unicornia y esbelta, vigilando la hilera.

Él sabía lo que reservaban a los forzados rebeldes. Un acto de rebeldía, significaba recibir latigazos eléctricos hasta que las espaldas ardían, y después se les obligaba a sufrir un baño de agua salada, sobre las cicatrices candentes. Al dolor terrible del suplicio, soportado con él cuerpo bien sujeto por anchas correas de metal flexible, se unía el infernal picor de los diminutos insectos que poblaban el agua salobre de Marte, cuya penetración en las heridas convertían el suplicio en un auténtico infierno, que algunos ni siquiera llegaban a tolerar…

Se dominó, pues, siguiendo adelante, junto a Altea, su hermana. El guardián, desde los lomos de su cabalgadura unicornia, rayada de azul, rió soezmente, como provocándole. Y se atrevió, al pasar, a acariciar ruinmente a Altea. Ella palideció, dominando su ira, y contuvo a su hermano con energía.

—¡Quieto, Ghor, por Dios! —suplicó.

—¡Ese perro asqueroso! ¡Le voy a…!

—No, no. Es lo que buscan, Ghor. Saben quiénes somos, y gozarían con vernos chillar y retorcernos de dolor, hermano. Vale más soportarlo todo, incluso la muerte, si ésta llega, sea en el Circo

o donde sea…

Siguió adelante la hilera, lenta, fatigada, arrastrándose como un reptil agonizante, sobre la planicie pelada, desértica, barrida por los vientos secos y ásperos de aquel planeta en período de extinción.

Por fin, tras unas lomas color cobre, aparecieron las edificaciones hemisféricas, de vitroplast blanco, rodeadas por la alambrada electro-magnética del campamento de prisioneros, y flanqueada por las dos torres metálicas, provistas de proyectores de luz para la noche, y de armas automáticas, de proyectiles electro-térmicos, para cualquier hora del día o de la noche, en que un desesperado o varios, intentaran la imposible aventura de una fuga…

Fue justamente entonces, al doblar la loma, cuando Altea vio de nuevo el fenómeno y lo percibió con sus oídos.

No era la primera vez que lo advertía. Resultaba extraño e inexplicable. Y siempre era así. Fugaz, rápido, breve. Desaparecía con la misma rapidez con que se presentaba, en los momentos más imprevistos.

El fenómeno tuvo lugar cuando tenían ante sí el hacinamiento de viviendas hemisféricas, blancas e iguales, del campo de prisioneros.

Todos lo captaron. Pero ellos era la primera vez que lo advertían. Altea, no. Ella, dos noches en que no podía conciliar el sueño, pese al agotamiento que a todos abatía en profundo sopor, tras la jornada de trabajo, había captado ese mismo fenómeno. Había escuchado, había mirado, a través del ventanal enrejado de su pabellón…

Pero ahora, el fenómeno fue más claro, más nítido que nunca…

* * *

Primero, era una melodía.

Sí, una melodía. Extraña, armoniosa remota. Como un acorde llegado de los cielos, como un arpegio angelical, que subía, trémulo, hasta una nota aguda, vibrante, dorada. Luego, con igual celeridad, pero en un descenso armónico, formando una invisible escalera musical, bajaba hasta un trino remoto, difuso, que se extinguía…

A Altea le recordó la vibración de la cuerda de una lira, el roce

de un arco de violín sobre las cuerdas, un tecleo inverosímilmente sutil en el piano, o un trino exótico, en la voz de un ave imposible y sublime…

Alzó los ojos al cielo, al cielo azul oscuro, casi negro, del planeta Marte. Vio algo. Algo más que sus cárdenos y grises nubarrones, amontonados en la distancia. Algo más que la pálida forma rocosa de Phobos, levantándose de nuevo en el horizonte…

Algo más. Extraño, difuso, sutil como la propia nota melodiosa que parecía formar su cortejo sonoro…

Parecía un centelleo, un rayo de plata, cortando el aire oscuro de Marte, quizá mucho más allá de su densa, carbónica estratosfera, pero visible, centelleante, recordando el filo de un cuchillo plateado, que cortase en dos el firmamento marciano.

Luego, el chispazo plateado se extinguió, pasó vertiginoso, nació y murió en el anochecer, igual que una estrella errante, allá en las noches terrestres de verano.

—¿Qué fue eso? —gritó un guardián de negro uniforme.

—No sé —replicó otro—. Algún nuevo vehículo espacial. O un fenómeno cósmico…

—Pero ese sonido… Parecía producirlo esa luz de plata, sin embargo, daba la impresión de sonar a música…

—¡Música! ¡Bah! —farfulló el otro—. Yo diría que era un silbido, rebotando en las capas atmosféricas. Esto no es la Tierra. Aquí, las cosas tienen otro sonido…

La charla terminó. Nadie pensó más en el fenómeno, ni habló de él. Sólo Altea seguía pensando. Pensando… Lo mismo había sucedido aquellas dos noches. Una estela de luz plateada, un chispazo argentino en la negrura… y un arpegio musical, como un sonido melodioso que llegara y se fuese, tan rápido como aquella centella de plata.

Lo que sucedió al llegar al campamento de prisioneros, le hizo olvidar también a ella. El fenómeno dejó de tener importancia cuando alguien dijo, al cruzar la hilera de forzados la valla metálica:

—¡Mirad! ¡El correo de Zoran! ¡Eso significa una cosa…!

No explicó cuál. Ni hacía falta. Todos lo sabían. Un escalofrío colectivo, violento y terrible, recorrió la hilera de cansados cuerpos.

Cuando llegaba el correo espacial de Zoran, capital de la Tierra

y del Sistema Solar… una sola cosa podía suceder en el campo de prisioneros de Marte.

El Circo Universal pedía gente. Nuevas víctimas humanas para el bárbaro torneo de muerte…

* * *

—¡Tokaw!… ¡Igor Shux!… ¡Juno Bwak!…

A medida que los nombres eran pronunciados, de forma lenta, clara, inexorable, por el altavoz del disco volador llegado del planeta Tierra para recoger a los forzados elegidos, figuras macilentas, cansadas, abatidas, se movían con la lentitud de su fatalismo ante la Muerte, hacia los guardianes de uniforme negro brillante, que formaban hilera ante la nave circular.

Cada uno de ellos, sabía cuál era su destino. Lo aceptaban. Ellos siempre aceptaban todo. No había otra solución. El mundo, los mundos todos, eran esclavos de un tirano. Ese tirano, era Xhan. Y los cautivos, aceptaban la elección, como un fin para sus sufrimientos y torturas. Casi con placer. Morir, podía ser a veces un bálsamo consolador.

La hilera de cautivos elegidos para el fatídico viaje a la Tierra, se iba alargando. Nuevos nombres, nuevos seleccionados…

—Va a cumplirse un año de mandato del Presidente Xhan —dijo alguien—. Sin duda, una función extraordinaria, en el Circo Universal, servirá como un acto más para conmemorarlo…

Ghor apretó los labios, furioso, oprimiendo con fuerza el brazo de su hermana, rígida junto a él. El joven pensó:

—Si al menos me eligieran a mí solo… pero ella quedase aquí… todo iría bien.

Alguien, no lejos de ellos, se estremeció al ser pronunciado su nombre. Miró tristemente a todos, incluidos Ghor y Altea. Susurró:

—Adiós, amigos… Si al menos nuestro sacrificio, nuestras vidas no fueran estériles… y sirvieran para aniquilar a ese perro de Xhan…

Era un anciano, enjuto, agotado por el trabajo, lívido y tembloroso. Sus palabras habían sido oídas. Su condición física no le libró del castigo. Sus aullidos estremecieron a Ghor terriblemente, cuando el látigo eléctrico de un guardián le sacudió

las huesudas espaldas, quemó en estrías sangrantes su piel, haciéndole retorcer, hasta que el propio dolor y las voces abruptas del guardián, le obligaron a susurrar, con un hilo de voz:

—Viva… viva el Presidente Xhan… Que Dios guarde su vida… muchos años…

Cuando le obligaron a levantarse, y se alejó camino del disco volador, su aspecto era ya el de un muerto andando hacia su reino de sombras eternas…

Altea y Ghor se miraron, muy pálidos. Todo resultaba horrible allí. La tiranía, la fuerza, la brutalidad, el sadismo… Las armas elegidas por Xhan, el Presidente que mató al legítimo jefe de los destinos terrestres y planetarios.

El correo de la Tierra, siguió la lectura de nombres, imperturbable:

—¡Kimov! ¡Lanawian! ¡Xenkho! ¡Graww!… ¡GHOR! ¡ALTEA!…

Fue como una sacudida eléctrica de gran voltaje. Se miraron, con el horror en las pupilas. Altea, casi resignada, irguió la cabeza, dispuesta a avanzar serenamente hacia la nave.

Ghor se interpuso, lívido, crispado, violento.

—¡Noooo! —aulló, desesperado, rabioso—. ¡Nunca, Altea! ¡Tú, no… mientras viva yo!

—¡Ghor, hermano! ¡No hagas eso! —gritó Altea, pretendiendo retenerle—. ¡No, Ghor, no!

Pero no pudo retenerle. Ghor se arrancó de ella. El correo había dejado de leer, contemplando con sarcasmo cruel a Ghor, sabiendo lo que le esperaba a éste por su rebeldía.

Ya el guardián del látigo eléctrico, corría hacia él, resuelto a batirle furiosamente las espaldas, el rostro…

Ghor era muy diferente al anciano vencido de antes. Su cuerpo, aunque enjuto, agotado por la fatiga de los trabajos en Marte, logró eludir el trallazo eléctrico.

Después…

Fue Ghor quien, con un sorprendente impulso de sus potentes músculos, alcanzó al guardián, le golpeó en el rostro y el cuello con el borde de ambas manos, duramente. El soldado chilló de dolor… Su mano, soltó el látigo eléctrico.

Ghor lo aferró rápidamente, y se revolvió contra los dos soldados que se lanzaban hacia él con la idea de reducirle. Altea

gritó de nuevo, esforzándose por llegar hasta él. Cosa que le impidieron otros tres soldados de negro uniforme, cruzándose en su camino.

—¡Fuera! —rugió Ghor—. ¡Dejad libre a mi hermana! ¡Nadie debe tocarla! ¡Nadie!

—¡Ghor, por Dios, no hagas nada! —gimió ella—. ¡Será inútil…!

Su hermano, furioso, atacó. Los dos soldados que se lanzaban sobre él, recibieron el trallazo candente, que despidió chispas cárdenas, al quemar y rasgar sus ropas, alcanzando su cuerpo, que abrasó incisivamente. Cayeron ambos de rodillas, pugnando por extraer sus armas del fuego. Ghor repitió el trallazo, ahora a sus manos. Los alaridos de los soldados del Presidente, revolcándose por la arena roja marciana, demostraron claramente el dolor que sus instrumentos de tortura producían.

—¡Ghor, entréguese o le mataremos! —aulló el correo de la Tierra.

Ghor se revolvió en un palmo de terreno. Disparó la tralla sobre el correo, cuando éste alzaba su pistola electrónica. Saltó el arma por los aires, se retorció el correo, con sus dedos abrasados, ennegrecidos por la tralla eléctrica.

—¡Aprended sobre vuestra propia carne, perros sarnosos, lo que duele vuestra tiránica y cobarde forma de atacar a los demás! —Silabeó Ghor, exasperado—. ¡Vamos, atreveos a quitármelo, malditos! ¡Altea, ven conmigo!

Altea echó a correr, sin que nadie pudiera impedirlo, pero no llegó hasta su hermano. Llegó, sí, pero demasiado tarde ya.

Otro de los soldados había conseguido avisar al disco volador. Desde aquél, llegó el desastre. Altea descubrió, una décima de segundo antes de suceder lo inevitable, cómo se abría un panel triangular en el curvo fuselaje azul de la nave terrestre. Emergió por su abertura un rostro malévolo… tras el visor telemétrico de un cañón nuclear de pequeño calibre. El cañón giró, suave y siniestro…

—¡No, no! —Se horrorizó Altea—. ¡Ghor… CUIDADO!…

Ghor se volvió. Llegó a ver lo que sucedía. Altea trató de correr más de interponerse, para recibir ella la descarga mortal.

Pero era imposible. Porque, además, Ghor saltó adelante, sospechando sus intenciones, para situarse en línea, sin peligro para Altea.

Disparó el cañoncito atómico de la nave circular.

Una granada violácea silbó en el aire tenue y triste de Marte. Alcanzó el torso de Ghor, erguido y sereno ante la muerte.

Altea gritó, convulsa, cayó de rodillas. Dos soldados, rápidos y sin miramientos, la alzaron y apartaron del lugar del drama.

La granada violácea se disolvió, formando una masa de humo sobre el pecho de Ghor. Pero no era sólo la granada la que se disolvía en una densa humareda púrpura. El átomo destructor, la fuerza nuclear silenciosa y de acción limitada, actuaba sobre la naturaleza viva herida…

Ghor también se disolvía, se desintegraba, como corroído por un ácido terrible. Una crispación dolorosa deformó su rostro. Luego, clavó sus ojos en Altea, en muda despedida a su hermana. Rodo de bruces. Devorados sus tejidos por el átomo desintegrante, la muerte era rápida, compasiva. Más compasiva que una fiera planetaria, sobre la arena del Circo…

—¡Ghor! ¡Ghor, hermano! —sollozó desgarradoramente Altea.

Luego, nada.

Ghor había muerto. Vaga, confusamente, Altea creyó percibir en sus oídos un rápido arpegio musical, un silbido melodioso fugaz. Y como una centella de plata hendió el cielo rojizo, convulso, del planeta agonizante que era el viejo Marte.

Pero quizá era pura imaginación. Altea ni siquiera le prestó atención ahora. Sólo tenía sentidos para Ghor, muerto sobre la roja arena marciana. Para su hermano, asesinado por los soldados del tirano…

Ahora, todo le importaba poco ya. Incluso morir allí en el Circo para divertir a los monstruos leales a Xhan. Un hermano, Lauro, murió para ella cuando reveló su espíritu de Caín, su perfidia y su cobardía. Otro, el noble y bravo Ghor, moría ahora, por defenderla a ella…

¿Qué podía importar que ella siguiera aquel mismo destino, frente a los *hipotauros, rinotigres* y sierpes aladas?

Incluso lo deseaba. Sí. Altea, deseaba morir. Era un modo dulce, amable, confortante, de terminar con aquella horrible pesadilla de sombras, de horrores, angustias y lágrimas…

—En marcha —dijo el correo de la Tierra, como una voz lejana e inexorable—. Vamos a la Tierra. Y que lo sucedido, sirva de ejemplo

y lección a todos…

Dóciles, callados, hundidos, como espectros o sombras, los cautivos se movieron lentamente hacia la nave circular. Una dantesca, trémula procesión hacia el infierno…

CAPÍTULO IV

PLATA MELODIOSA



rpegio rió, con el tintineo musical de su voz.

—¿Ataque? —preguntó, emitiendo vibraciones armoniosas, dulces, argentinas.

—Ataque —asintió Sonyo. Su voz parecía una vibración de bronce o acero.

Era todo.

No hacían falta más palabras en el lenguaje musical de los ocupantes de la nave de plata.

Su vehículo aceleró. Fue una flecha, una centella aguda, punzante, que hendía el vacío en una zambullida fabulosa, de miles de millas. En torno, el silbido que producía su fuselaje, daba la impresión de hacerlo al abrir el aire a su paso. Aire que no existía en las zonas espaciales por las que viajaba la extraña, triangular,

vertiginosa nave de aguda punta y estrecha plataforma, con una semisfera en su centro, totalmente rodeada por paneles de vidrio metálico, transparente y diáfano, de armoniosas vibraciones melódicas.

La barrera del Sonido fue salvada primero. Luego, la de la Luz. Coincidieron ambas naves. El disco y el triángulo se encontraron en la negrura eterna, infinita, salpicada de mundos, en aquella noche cósmica de la Treinta Centuria…

—Emite vibraciones Z —pidió Sonyo.

—Sí, patrón —dijo «Arpegio», en su idioma melódico, formado de trinos y gorjeos musicales—. Vibraciones Z… Los ocupantes de esa nave no se verán afectados…

—Ya lo sé —las vibrátiles notas de la voz de Sonyo, siempre recordaban el golpeteo de un xilofón de notas graves, aceradas, profundas, pero intensamente armónicas—. Eso pretendo, «Arpegio».

«Arpegio» asintió. Oprimió un resorte del cuadro de mandos de la nave de plata. En la esfera televisora situada frente a él, la nave circular de color azul, aparecía nítida, bien delimitada en el vacío, De unos tubos cristalinos, brotó un invisible chorro vibrátil, creador de ondas de la frecuencia Z, pedida por Sonyo…

—Va a ser divertido —dijo «Arpegio». Y su risa fue un trémolo de notas cristalinas, joviales…

La nave de plata, se aproximó más al disco volador de la Tierra. Y con ella, su extraña música, su melodía sibilante, prolongada, fantástica…

* * *

—¡Nave a la vista! ¡No es terrestre!

El pánico cundió a bordo de la nave. Se miraron todos entre sí, con terror. Sobre los uniformes negros, con el emblema de Xhan, los rostros tuvieron de repente un color terroso o amarillento, según los casos.

—¡Nos ataca! —aulló otro, comprobando la trayectoria vertiginosa, delirante, de la nave triangular, centelleante, argentífera—. ¡Va a estrellarse contra nosotros!

Un movimiento convulso alteró la calma en la nave. A través del

panel de vitrometal irrompible, que, separaba a la tripulación de los cautivos, Altea y los demás prisioneros pudieron observar el terror del Correo y los demás, la falta de serenidad frente al enemigo desconocido…

—¡Envíale un mensaje! ¡Si no se detiene, lo destruiremos! —avisó el Correo, ordenando la salida al exterior de los cañones nucleares para disparos en el vacío.

El otro asintió, recurriendo a la radio urgentemente. Intentó hablar, emitir sonidos. Fue imposible. De repente, por el amplificador de su radio, empezó a surgir un silbido musical, algo parecido a un trompetazo dorado, largo, ululante, enloquecedor que iba aumentando visiblemente de tono, de diapasón, de intensidad…

—¡Esa música! —aulló el Correo—. ¡Cierra el receptor, maldita sea! ¡Debe de ser una especie de interferencia que utilizan ellos! ¡Esa nave debe preceder de algún planeta no visitado por los hombres! ¡Nunca vi un vehículo igual!

—¡Y yo jamás oí una música tan terrible! —suspiró el otro, cerrando la radio.

El silencio volvió a la nave. Pero por poco, poquísimo tiempo. De repente, fue como si todo el disco volador se hiciera receptor, altavoz de aquella música fantástica y enloquecedora. Todo el vehículo vibró, empezó a temblar, y el silbido metálico, musical, el diapasón formidable, el agudo de trompetas del Juicio Final, penetró en oleadas, lo sacudió todo, con vibraciones terribles, que hacían vibrar, temblar cómicamente a los ocupantes de la nave, como sacudidos por un frío espeluznante.

—¡Ese sonido, esa música…! —rugió el Correo de la Tierra—. ¡Va a destrozarnos los tímpanos, nos reventará por dentro si continúa y…!

El estupor, el miedo, paralizó incluso su lengua. Además, ni siquiera se oían sus voces en aquel pandemónium terrible. Sólo se advertía que abría la boca con gestos crispados, agitando sus manos nerviosamente. Vibró tanto la pantalla de televisión, que se hizo añicos, con un estruendo chirriante. Luego, saltaron los paneles de cristal, de plásticos duros… Siguieron las fibras de plásticos flexibles, metalizados, haciéndose simples fibras sueltas, en una descomposición aterradora.

La nave entera se desintegró de súbito, con un suave estallido

sin violencias, agrietándose y disolviéndose en simples partículas, como polvo azul, todas sus partes.

Los cuerpos de tripulantes y cautivos, saltaron al vacío, flotando con sus escafandras de respiración artificial y sus trajes a prueba de vacío, en medio de la polvareda metálica provocada con la descomposición molecular de la nave…

Altea se encontró flotando en el negro abismo del Infinito, lo mismo que todos los demás cuerpos, tanto de sus compañeros de infortunio como de sus enlutados verdugos de la Tierra…

La música fantástica, llegada del espacio, surgiendo en chorros destructores de una nave de plata, aguda y triangular, con un cuerpo hemisférico en su centro, había aniquilado al vehículo del Presidente Xhan, en que viajaban los cautivos, rumbo a la Tierra…

Altea pensó que aquello era la muerte para todos, la pérdida definitiva en el vacío sin fin, flotando como cuerpos celestes hasta agotar el aire y perecer, en una órbita humana realmente terrible.

Eso pensó ella. Luego, la música se extendió por el vacío. Aquella melodía sibilante, parecía capaz de viajar por el espacio, a pesar de que el sonido no encontrase difusión en la nada, por falta de atmósfera conductora.

Sus ojos, a través de la escafandra cristalina, vieron con estupor cómo la nave de plata, aquel triángulo de metal argentífero que emitía sonidos armónicos en increíbles oleadas, ahora suaves y apacibles, como el trino de un millar de pájaros, avanzaba majestuosa, suavemente hacia ellos, los náufragos del Cosmos…

* * *

Fue una succión musical la que los absorbió.

Como un gigantesco aspirador, en la cola recta, plana, de la nave triangular, surgió una boca, un hueco ovalado, oscuro, impenetrable. Unas ondas absorbentes, sonoras, les fue succionando, atrayendo hacia allá, igual que el imán a los alfileres.

Entraron en la vorágine de música, de melodías confusas pero armónicas y gratas al oído, como si fueran lanzados unos pigmeos al interior de los tubos de un órgano colosal, mimosamente pulsado por un artista invisible.

Altea penetró con los demás, dando, tumbos en aquella especie

de tubo o túnel ovalado, por el que la corriente de ondas magnéticas-sonoras, se deslizaba hacia el interior, una vez succionados fuera los soldados de negro y los cautivos de Marte.

Cuando ni un solo náufrago espacial quedaba en el mar negro del vacío, la nave de plata giró sobre sí misma, partió como una centella, como una simple chispa de luz argentina, hacia las lejanas estrellas…

Altea, como todos los demás, se vio descender por una rampa magnética, móvil, en la que su cuerpo, al posarse tenuemente, sin peso, sin gravedad alguna, emitía vibraciones musicales, sonidos tecleantes, melodiosos…

En aquella borrachera de música y de sonidos armónicos, de vibraciones y arpegios melódicos, Altea se sintió como embriagada, aturdida… Sus ojos se cerraron suavemente, igual que adormecida de niña por una canción de cuna.

Se durmió. Se hundió en una muelle, apacible, confortante inconsciencia, que nada tenía de inquietante ni de temible.

Altea no sabía dónde estaba ni qué iba a suceder.

Pero sabía, sin conocer la razón, en el instante mismo de caer sus párpados, definitivamente, que estaba a salvo. A salvo de Xhan, de la Tierra; de la tiranía de los verdugos del Presidente… Aunque nuevos y terribles peligros llegaran después de aquel ataque y secuestro musical en el vacío… no tenía miedo.

Se adormeció sin miedo, sin angustias. Luego, dejó de sentir todo.

Paradójicamente, aquel sueño era como el dulce despertar de una terrible pesadilla: la misma realidad…

* * *

—Treinta hombres… Una mujer…

—Una mujer… «Arpegio», las mujeres siempre traen complicaciones. Al menos, en nuestro mundo…

—Creo que en todos los mundos, si nuestros estudios responden a la verdad —dijo «Arpegio», riendo, con aquellas carcajadas suyas, tenues y vibrátiles, como golpes de gong en una bandeja de plata.

—Tienes razón, «Arpegio» —admitió Sonyo, pensativo. Estudió luego los cuerpos, tendidos e inmóviles en la urna oblonga de

vidrio, color azul tenue. Sus ojos fueron directamente a Altea, la única mujer que dormía en la hilera de mermes cautivos—. Ella es hermosa, además…

—Tan hermosa como Melody, patrón —admitió «Arpegio», con el aire cómplice de quien pronuncia una auténtica blasfemia.

—Calla —cortó la voz metálica, profunda y grave, de Sonyo—. Nunca repitas eso. Nadie hay tan hermosa como Melody, recuerda.

—Es lo que ella dice —rió «Arpegio».

—Y lo digo yo —cortó Sonyo—. Y todo Musicalia.

—Todo Musicalia —admitió «Arpegio», de bastante mala gana —. Sí, patrón…

Pero cuando miró la figura hermosa, tendida e inerte de Altea, movió dubitativamente su ovoide cabeza de cabellos verdes y erizados. Los redondos ojos, bizquearon cómicamente, y los labios modularon una vibración burlona, como un gato travieso al pisar una tecla del piano inoportunamente.

Sonyo no le hizo caso. Sabía que era inútil pretender hacer carrera del díscolo «Arpegio». En vez de ello, siguió contemplando a Altea. Luego, desvió la mirada. Se dijo que era peligroso ocuparse tanto de ella.

—Prepara los «tele-lectores y tele-traductores» —pidió a «Arpegio», tras un silencio—. Tenemos que aprender su lengua. Entenderla y hablarla lo mejor posible. Aplica los electrodos a sus sienes, no pierdas tiempo. Su sueño durará ya poco tiempo. Están casi terminándose los efectos de la «Música W», de Frecuencia Sedante.

—Claro, patrón. En seguida estará —asintió «Arpegio», más serio.

Mientras «Arpegio» trabajaba, aplicando los electrodos a algunos de los prisioneros y preparaba los cómputos de «tele-lectura» y «tele-traducción» mental directa, hasta su cerebro electrónico, y las ramificaciones que a la mente misma de Sonyo enviarían los conductos de contacto, Sonyo estudiaba aún de vez en cuando la belleza fascinante de la bella durmiente del espacio.

Por fin, pareció tomar una decisión, volviéndose bruscamente a «Arpegio». Su voz grave, metálica, tuvo vibraciones de campanas de bronce, tocadas por martilletes de oro:

—Aplica también electrodos a las sienes de la mujer, «Arpegio».

—¡Sí, patrón! —afirmó el travieso «Arpegio», con aire de infantil alegría. Y corrió a obedecer, añadiendo en voz baja, para sí, mientras aplicaba los electrodos a las sienes de la hermosa Altea—: ¡Melody! ¡Bah…! Ésta sí que es hermosa…

CAPÍTULO V

CONTACTO

a oscuridad quedó atrás, y con ella, el silencio.

Fue como penetrar envuelta en un raudal de sonidos líricos, en un mundo de colores y matices irisados, fascinantes. Como saltar del gris monocorde de la realidad, a la fantasía de lo imposible.

Había despertado. Supo que había despertado, en un mundo desconocido y fantasmagórico, de fulgurantes luces, de vivos colores que parecían acompasarse a los trinos dulces, melódicos, que flotaban en el aire, como música materializada, capaz de ser a la vez energía, luz, color y vida.

Altea parpadeó, la luz no le hacía daño, era suave, sedante, como graduada a su propia mirada, y los colores crecían, aumentaban paulatina, suavemente sus cromatismos y su fulgor. La música del aire, también. Como de una lejana sinfonía ejecutada

por músicos invisibles e instrumentos sutiles, hasta vibrar cálidamente en sus oídos.

—¿Dónde podré estar? —se preguntó Altea, confusa.

Sobresaltada, dejó de hablar. Habíase formulado a sí misma aquel interrogante, hablando en voz alta.

E, increíblemente, no era su voz la que sonaba.

Quizá tenía su timbre, su tono, pero nada más, los sonidos, eran simples notas musicales. Ella estaba segura de eso y, sin embargo, «había entendido», había identificado perfectamente esos sonidos, que no eran sino arpegios melódicos en sus tímpanos… y palabras, sílabas, letras perfectamente agrupadas en su cerebro.

—¡No es posible! —susurró.

Y nunca un susurro suyo, ni de ser viviente alguno, había tenido tal melodía, tal pureza de sonidos armónicos. No. Ni siquiera en una época de maravillas, de prodigios técnicos y científicos, las voces humanas habían logrado perder su ancestral aspereza, su rigidez fonética, hasta convertirse en sonidos purísimos, musicales. Ni siquiera en aquella Treinta Centuria portentosa.

¡Ella… «ella hablaba con música»!

Vibraciones armónicas, dulcísimas, graves y vibrantes, como pulsaciones en las cuerdas de una lira fantástica, se elevaron en el aire policromado y límpido, purísimo, nítido…

Altea descubrió de súbito que no estaba libre. No se hallaba bajo aquel aire policromo realmente. Algo la separaba de la atmósfera irisada: unos muros curvos, cristalinos, diáfanos.

Se hallaba flotando. Flotando en el aire, en el vacío multicolor de aquel mundo desconcertante… dentro de una burbuja de vidrio, tendida sobre un lecho de fibras de cristal flexible, esponjoso.

—Dios mío, ¿qué lugar es éste? ¿He despertado realmente, o todo forma parte de un sueño?

Al hacerse la nueva pregunta, un nuevo chorro de notas brotó de sus labios, pareció flotar sobre ella, como mágicas pompas de música, y se perdieron en rebotes melódicos, sobre los muros curvos de la esfera cristalina.

Y, como una respuesta, la burbuja dejó de flotar mansamente entre franjas de luz y color, para lanzarse vertiginosamente hacia el suelo… Hacia un suelo invisible, pero existente allá, al fondo, por pura lógica… si la lógica servía de algo en aquel mundo de sonidos

y de melodías.

Atónita, Altea descubrió que podía incorporarse, flotar en pie, sobre aquel lecho de fibras de cristal plástico, mirando hacia abajo, adonde la conducía el extraño, silencioso vehículo cristalino de forma esférica…

Un nublado de rosáceas y tersas nubecillas se abrió bajo la esfera. Ésta pareció brincar en el cielo, saltar hacia un suelo esponjoso, tenue, brumoso, de onduladas hierbas azules, de vegetación color plata, que se agitaba, al impulso de una brisa. Una brisa fantástica, con sonidos ululantes y dulces, de lejanas trompas y voces de ángeles en la distancia…

Como en un cuento de hadas de veinte siglos atrás, o como en una fábula mítica, de los albores de la Humanidad, las cosas no eran reales, ni siquiera tenían corporeidad, formas, colores o gravedad de cosa auténtica, tangible, cierta.

Pero ella sabía que algo, en aquel mundo, era tangible, real. Tenía que serlo. Los cuentos de hadas no podían existir en el Siglo XXX. Las fantasías no cabían en aquella época, salvo refiriéndose a las estrellas más lejanas, a vuelos interplanetarios y fríos prodigios mecánicos. Aquello… tenía que ser real A pesar de su aire ingrávido, a pesar de todo cuanto le daba visos y perfiles de fantasmagoría imaginativa.

Ocurrió algo gracioso, propio del cuento de hadas que estaba viviendo Altea, al tocar las hierbas azules, la burbuja cristalina se rompió. Como una pompa jabonosa o una burbuja de champaña, hizo un suave chasquido que sonó a campanillas de plata… y Altea se encontró de pie, erguida en la pradera azul, rodeada de vegetación plateada, frente a un cielo de nubes rosadas y franjas multicolores.

—Es como vivir en el Arco Iris, como sentirse en un mundo deliciosamente imposible… —susurró Altea, entendiéndose a sí misma lo que hablaba, pero emitiendo notas musicales que brincaron juguetonas, en el ambiente diáfano y fresco de aquella campiña asombrosa.

—Bienvenida a Musicalia, Altea —dijo alguien tras de ella.

Notas musicales de nuevo, llegando por la atmósfera como traviesos golpecillos de un gato sobre el teclado, y cada nota, un sonido comprensible, una palabra, una voz.

Altea no sabía por qué tenía que ser así. Lo era, simplemente. Su cerebro lo captaba así, «traducía» realmente los sonidos melódicos, hacía frases de la música simple. Y eso era lo que contaba. No quiso saber la razón. No quiso volverse loca ante tanta cosa anómala e inconcebible.

Se volvió.

Lenta, ajadamente. Su cuerpo no parecía pesar nada. Sus pulmones se llenaban de aire nítido, purísimo. Todo allí parecía ser impoluto, carente de impurezas o máculas.

Vio al hombre.

No, no creía que su mente, sus ojos, le jugaran la misma mala pasada que los oídos, al traducir música por palabras. No era posible qué aquel ser erguido ante ella, sonriente y amable, fuese simple luz, color o melodías, convertido en forma humana.

—Me ves bien —dijo él, con una sonrisa, como si ella realmente hubiera expresado en voz alta sus pensamientos—. Soy un ser como tú, Altea.

Lo era, sí. Quizá no exactamente como ella, ni como un hombre terrestre. Pero todavía resultaba más hermoso. Era alto, muy alto. Alcanzaría los dos metros. Una estatura que contrastaba con la de los terrestres, reducida en las últimas generaciones, acaso por una degeneración racial.

Aquel gigante, tenía el cabello del color de la plata, los ojos límpidos, grandes y expresivos, de un tono también jaspeado de plata, sobre pupilas ambarinas. Atlético, formado como una estatua mitológica, arrogante y poderoso. Vestía un traje ceñido a su cuerpo, de un extraño plástico cristalino, de un verde prodigioso, de breve línea, y piernas musculosas, poderosísimas, calzadas por botas blancas, provistas de algo parecido a alas de plata, que vibraban musicalmente al moverse su dueño.

Era de hermoso rostro, de tez broncínea, de ancha sonrisa. Un ser humano. Un ser humano de cuyos labios sólo brotaba música. Pero música legible, fácil de traducir mentalmente a sonidos dialécticos, al menos para Altea.

—¿Quién eres tú? —preguntó Altea, musicalmente.

—Sonyo.

—¿Qué significas tú, Sonyo?

—Soy el hombre que atacó la nave en que viajabas cautiva con

otros hombres, y te traje a mi mundo.

—¿Éste es tu mundo?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Ya te lo dije: Musicalia…

—Musicalia… Entonces mi voz… tu voz… el sonido del aire mismo…

—Todo es musical, vibrátil y armónico en nuestro mundo. Un sonido diferente, provocaría quizá un desastre, una alteración radical de nuestras moléculas, adaptadas a cierta frecuencia de sonidos, como son los de nuestra música.

—¿Mi voz, por ejemplo…?

—Tu voz, por ejemplo —sonrió él, asintiendo con su plateada, arrogante cabeza—. O la mía, expresándose en los sonidos de tu propia lengua, de tu propia especie.

—¿Conoces mi idioma entonces?

—Conozco todo sobre ti, Altea. Te registré la mente, durante tu sueño, con nuestros sistemas «lectores» y «transmisores» mentales.

—Entiendo. Estáis muy avanzados. ¿Qué es realmente Musicalia?

—Un planeta.

—¿Lejano?

—Lejano de vuestros mundos, sí. No pertenece al Sistema Solar vuestro.

—¿Te es posible darme a mí también voz musical?

—Sí. Hablas con música. Ésa es la prueba. Tu mente supo adaptarse pronto.

—Entonces, aquel rayo de plata, aquella música que oía yo en Marte…

—Era mi nave. Viajábamos por el espacio. Odiamos la esclavitud, la maldad, la tiranía. Por nuestros visores de larga distancia, descubrimos vuestro trabajo en Marte. Comprendimos pronto. Vigilamos en torno, para rescataros. Cuando nos fue posible, lo hicimos. A nuestro modo, claro. Tenemos sistemas muy diferentes. Ya te he dicho que somos de mundos muy distintos.

—Y, sin embargo, físicamente somos iguales. ¿O también es simple ilusión, adaptación mental mía a…?

—No —negó Sonyo—. No es ficticio. Soy realmente así. Somos

de una especie humana, como vosotros. Hay otros mundos habitados por seres humanos, a lo largo y ancho del Universo. Su origen, se pierde en la noche de los tiempos. Ni ellos mismos lo conocen, como nos sucede a nosotros. Pero Dios nos hizo a todos. Eso cuenta, Altea.

—Sí, eso cuenta… —musitó ella. Miró en torno, extasiada—. Tu mundo es maravilloso, Sonyo.

—Sí. Gracias, Altea. ¿Realmente te gusta?

—Me fascina. Es… es como un cuento de hadas, como una fantasía imposible.

—Las formas de vida, los mundos y planetas, tienen cosas que parecen increíbles a los que jamás lo vieron antes. El Universo está lleno de prodigios. Prodigios que ningún cuenco de hadas pudo predecir jamás, maravillas situadas mucho más allá de los límites de la simple imaginación. Musicalia no es sino un mundo más, entre tantos otros que nadie de tu mundo sospechó jamás. Un planeta donde los colores, las formas y los sonidos son diferentes. Pero donde los seres vivientes y sus pasiones son más o menos iguales, en el fondo.

—Esto… esto es un prado, una campiña de tu mundo, ¿no es cierto, Sonyo?

—Es un jardín. Un jardín natural, del palacio.

—¿El palacio?

—Sí. También hay quien rige nuestros destinos, como en todo rincón habitado e inteligente del Universo. Y hay un palacio donde vive nuestro rector. Tú fuiste traída a este palacio. Se te dio descanso psico-físico, a base de la suspensión inanimada, en una burbuja-sedante. Al volver en ti, descansada y fuerte, la burbuja se extinguió, terminada su tarea. Y tú pisaste el suelo de este jardín real. Yo te vi descender. Acudí a darte la bienvenida, y a explicarte todo, para apartar confusiones de tu mente.

—Gracias, Sonyo.

—Es mi deber de anfitrión —sonrió él—. Eres huésped de mi mundo, Altea. Sé bienvenida a él, y espero que te sientas feliz con nosotros.

—Feliz… —Altea suspiró. Su suspiro fue un trino suave, tenue, melódico—. Es difícil alcanzar la felicidad… cuando he visto morir a mi hermano, asesinado por los verdugos de mi raza, de mi

planeta…

—Lo sé —el hermoso, arrogante ser de los planetas, bajó su cabeza plateada—. Lo sé, Altea. Leí lo que sucedió, en el fondo de tu mente, durante el estudio mental que hice de ti. «Arpegio» me refirió ese aspecto de la cuestión.

—¿«Arpegio»?

—Otro personaje de nuestro mundo —tuvo Sonyo una sonrisa—. Un buen amigo. Simpatizarás cuando le conozcas. Él simpatiza ya contigo. Dice… dice que eres la más hermosa mujer de todos los mundos habitados.

—¿Eso dice? Es muy amable «Arpegio» —miró fijamente al joven. Indagó—: ¿Y tú? ¿Tú qué dices, Sonyo?

—Eres hermosa, sí.

—¿También es eso deber de anfitrión?

—No. ¿Por qué había de serlo? Sabes que eres hermosa, mujer.

—Tú no dices que lo sea, con auténtico entusiasmo. Ni como «Arpegio», exagerando hasta el punto de asegurar que soy la más bella de los mundos.

—Bueno, yo…

—¿Qué, Sonyo? Habla.

—Yo me debo a mi reina. Y mi reina es Melody.

—¿Melody?

—Sí. Ella… ella es la más hermosa entre las hermosas.

Lo afirmó muy serio, como inquieto porque, ella pudiera dudarlo. Altea se echó a reír suavemente. Su risa eran trinos, golpes musicales de vibración argentina.

—Entiendo. Una vez, muy niña, leí una vieja historia de una mujer hermosa, qué se contemplaba en el espejo, preguntándole cada día quién era la más bella de las mujeres… —dijo Altea, risueña.

—No sigas —cortó Sonyo, muy serio—. Aquí, por encima de todo, respetamos a la reina Melody. Ella, Altea, no puede ser tomada a broma. Ella es noble, magnánima y generosa. Sólo pide a cambio lealtad y respeto. Lo espera de todos sus súbditos. Y jamás la hemos defraudado. Especialmente yo, no puedo defraudarla.

—¿Por qué, Sonyo? ¿Eres un auxiliar, su primer ministro, su jefe de personal o algo parecido?

—Soy su auxiliar, Altea. Pero además, soy su prometido. La

reina Melody y yo, seremos esposos en el próximo período azul. En vuestra lengua, dentro de diez días…

Un extraño sonido, una especie de repetido tintineo de doradas notas, vibró en todo al jardín de hierbas azules y plantas plateadas. El aire lo traía, lo aumentaba, como si el sonido fuera proyectado hasta ellos. Y más allá de donde ambos se hallaban, ese sonido melódico se extinguía, desaparecía por completo.

Altea miró fijamente a Sonyo, esperando sus palabras. Él habló, tras unos instantes de silencio, escuchando aquel sonido.

—La reina Melody nos envía su llamada personal. Vamos.

—¿Adónde?

—A su presencia. Ella quiere verte, Altea. Quiere conocer a la mujer llegada de un lejano planeta. Ven. Yo te llevaré a su presencia…

Echó a andar. Y Altea detrás de él, grácilmente, sin apenas tocar el suelo. Profundamente intrigada, se miró los pies. Era gracioso. Conservaba sus ropas, sus maltrechas ropas de allá, en Marte. Sólo un nuevo aditamento le habían aplicado en Musicalia: las botas aladas, igual que Sonyo. Sólo que su color, en vez de nítidamente blanco, era de un brillante, terso rosado.

Aquellas alas parecían hacer algo más que vibrar, emitiendo sonidos musicales. En realidad, movían suavemente los pies de los habitantes de Musicalia, sin tocar el suelo. Como transportados en un fluido mágico, de un lado para otro, sin pisar pesadamente el irisado suelo de aquel mundo de luz, de color, de sonidos…

Sonyo la condujo a un lugar donde un sistema magnético la dotó automáticamente de ropas brillantes, plásticas, como las del joven hermoso del cabello plateado. Cuando Altea reapareció, su aspecto era bellísimo, encantador.

Sonyo la contempló fijamente, en silencio. Luego, manifestó señalando ante sí, a la entrada circular, irisada, brumosa, de un palacio de aspecto cristalino, sin guardas armados ni aspecto bélico alguno, al final del prado de hierba azul:

—Vamos, Altea. Entra. La reina Melody nos espera…

CAPÍTULO VI

«MELODY»


licia debió sentirse igual en el «País de las Maravillas». Y Dorita en el «País de Oz»…

Altea no pudo evitar que su pensamiento se concretara en el recuerdo de los dos inefables cuentos de la infancia, de los eternos relatos de ensueño para los niños. Aquello tenía la exaltada fantasía de todo lo mágico, lo portentoso, lo imposible.

Aquello, ni siquiera parecía realmente existir. Era como ser un muñeco, repentinamente lanzado, por el capricho de un gigantesco artista, a una serie de cuadros, de diseños fabulosamente irreales, que cobraban corporeidad para ella, en un delirante juego de irisados colores, de matices pasmosos, de formas y estructuras ideales, de sonidos dulcísimos y embriagadores, de luz y de línea lindantes con la pura fábula, con el delirio de un sueño fantasmagórico y bellísimo.

—Sonyo esto… esto es inconcebiblemente hermoso… Aquí, una se siente más cerca de todo lo bello, de lo sublime, del Cielo, de Dios mismo…

—Quizá es porque estamos realmente más cerca de Dios que ningún otro… —suspiró Sonyo, con un murmullo musical, que vibró, en ecos armónicos, allá en el fondo de las galerías azules, de las sendas aéreas, de color violáceo, cristalinas y fulgurantes, por las que, al avanzar como entes de otra Dimensión, producían sus livianos calzados un fru-fru cristalino, melodioso, sutil y armónico, sin parecido a música alguna.

Aquél era el palacio de Melody, la reina de Musicalia. Aquél era el ámbito supremo del planeta lejano, remotísimo, perdido en la noche sin fin de los tiempos y de los espacios siderales, allá adonde el Hombre jamás llegó, ni sospechó llegar. Ni siquiera entonces, en la Treinta Centuria de los seres humanos, desde el primer día de la Era Cristiana…

La ruta aérea se elevaba. Era como una escala de teclado de vidrio, multicolor y radiante, sobre cuyas aristas centelleaban luces, haces irisados, de invisible procedencia, en las bóvedas de color y de luz, sin forma concreta.

Y al final de esa escala, suspendida en el aire, sin columnas ni soportes visibles, quizá por un prodigio magnético de complicado mecanismo, o acaso por ondas sonoras mantenidas a determinada frecuencia e intensidad, Altea vio, por fin, lo que sin duda era el trono, la sala central de aquel palacio de fábula, auténtico dominio de hadas y dioses mitológicos, verdadero espejo diáfano del mismo Olimpo.

No era una habitación, ni una sala propiamente dicha. Como una maravilla más, en lo alto de una especie de aguja, columna u obelisco de vidrio, irisado y radiante, que despedía minadas de chispas de mil colores, se hallaba un disco negro, espejeante, de amplias proporciones. Ese disco, circundado por barandillas doradas, de sutiles barrotes, mostraban en gigantesco tamaño, una estatua de plata o de un metal similar, representando la efigie de una diosa o divinidad desconocida para Altea. Quizá ni siquiera era eso, sino un símbolo escultórico, de exquisita línea y estilización,

representando a una hermosísima, fantástica mujer de otro mundo, de largo cabello sedoso, de cuerpo espléndido y sutil, de formas delicadas, de rostro virginal y absorbente.

Ropas tenues en aquella materia color plata, dotada de luz propia, apenas si disimulaban las formas, siluetándolas delicadamente. Y sobre toda aquella inmensa, formidable escultura de belleza digna de un Miguel Ángel, a escala colosal, un asiento elevado, entre los senos de la escultura, una especie de trono, formado por una esfera hendida, de negro material cristalino, y esponjoso lecho rojo, se hallaba ella.

Ella, la reina Melody.

—Avanzad —dijo una voz, la voz de Melody—. Sonyo, tráeme a nuestra huésped, la mujer de la Tierra. Deseo conocerla…

Altea jamás oyó una voz así. Ni siquiera la de Sonyo, con su tono musical, ni la de ella, convertida en vibrátil chorro de notas armoniosas. Ninguna voz pedía ganar en tonalidades, en sonoridad, en cristalina, plateada vibración, aquella especie de sinfonía de liras y violines, llegada de las alturas mismas del cielo, que era la voz de Melody, la mujer que dominaba en Musicalia, el lejano mundo de los sonidos melódicos…

Altea, como magnetizada, sometida al hipnotismo de aquel ambiente mágico, de aquella catarata de notas musicales inteligibles, de rumores y de luces, de aromas y de brisa purísima y encantada, se movió, avanzó lenta, como en sueños, como transportada aladamente a alturas sublimes, allá en los cielos…

Sus ojos no se apartaban un momento de Melody, sentada en el trono fantástico de la fantástica estatua de plata, de cuyo interior parecían brotar ahora, al estar más cerca, efluvios de música, aromática, de aromas melodiosos, como incienso musical. Era una expresión absurda. Altea lo sabía. Pero no hubiera podido explicar de otro modo, las sensaciones anímicas y físicas que la invadían, en embriagadoras ondas…

Cuando estuvo al pie de la gigantesca estatua, miró a lo alto, preguntándose cómo podría ascender por la enorme pared tallada, de purísimo metal plateado. A su lado, Sonyo sonreía, como divertido por su perplejidad.

Y arriba, en la esfera negra, segmentada con el lecho rojo del altísimo trono, se hallaba Melody esperando…

Inesperadamente, otro prodigio. La música pareció subir en oleadas, alzarse, como un huracán armónico, o como una columna repentinamente materializada; sin materia visible alguna. Igual que fuerza, magnetismo o energía, aquella oleada elevó a Altea, a Sonyo…

Se contempló los pies. En ellos, a impulsos de las vibraciones mágicas, las alas del blanco calzado de Sonyo y del rosado calzado de ella, vibraban también, elevándoles con facilidad, como si sus cuerpos nada pesaran, y fuesen simples plumas al viento.

Subieron, subieron, los cientos de yardas de altura que les separaban del seno de la hermosa, radiante escultura, en la que un artista fabuloso había representado a la más hermosa mujer que jamás viera Altea. Una mujer demasiado hermosa para existir. Una belleza digna de una diosa olímpica o de una Musa inspiradora… Pero no de ningún ser real, de carne y hueso.

Las oleadas musicales remitieron en su intensidad. Ellos dos flotaron, ante la esfera negra en que reposaba Melody, la reina. Su voz llegó hasta ellos, cuando Melody abrió la boca:

—Sé bienvenida a mi mundo, Altea, mujer de la Tierra —dijo. Y su voz melodiosa, sublime, parecía repetida por un mágico, asombroso órgano de miles de notas líricas, dentro de la gran estatua plateada.

Altea vio cara a cara a Melody. Y, con gran asombro suyo, supo que era igual, exactamente igual, a la estatua de plata que le servía de fantástico trono.

* * *

—Melody… Reina Melody, sois… sois bellísima… —musitó Altea a flor de labio—. La mujer más bella que jamás vi…

—Gracias, mujer de la Tierra —susurró la voz fabulosa de Melody—. Sé que soy hermosa. Pero también tú lo eres, y mucho. También podré decirte que ninguna mujer, en Musicalia, es tan hermosa como tú. ¿Cierto, Sonyo querido?

—Cierto, reina Melody —asintió Sonyo, respetuoso, flotando igual que Altea, en el aire multicolor, frente al trono elevado—. Es una mujer encantadora, inteligente, sensible y muy hermosa. Pero pasa un grave trance. Su hermano fue muerto por los que ahora

tienen sometida a la Tierra, como verdugos de ella, y Altea sufre con ese motivo. La rescaté con mi nave-patrulla super-lumínico, igual que a otros prisioneros, estos de sexo masculino, ahora sometidos a la acción de nuestros aparatos regeneradores, ya que sufren tremendos daños y fatiga, tras su período de cautiverio en el planeta Marte, bajo la tiranía de sus verdugos. «Arpegio» cuida de ellos, reina mía.

—¿Por qué elegiste entonces a la mujer, como la primera en adaptar a nuestro mundo musical, Sonyo? —preguntó la reina.

—Porque el detector la señaló a ella como la más inteligente y de mayor sensibilidad.

—¿Y porque era hermosa, Sonyo?

—Majestad, eso no. Sabéis que me debo a vos, mi reina, con quien en un mañana cercano he de casarme.

—Celebro que lo recuerdes, Sonyo. Y que siempre… ¡SIEMPRE!… seas leal a mí y a mi amor por ti, Sonyo querido…

Una nota, una sola nota vibró dura, metálica casi. Como un sonido de trompeta, en medio de una orquesta de millares de violines y arpas. Aquel «¡SIEMPRE!», enérgico y dominador, señalaba una realidad peligrosa y delicada: Melody, la reina del lejano mundo musical, amaba con pasión, como cualquier otra mujer del planeta Tierra podía hacerlo, y nunca permitiría que nadie, nadie de lugar alguno del espacio, le arrebatara aquella posesión anímica y pasional.

En eso, Melody había sido tajante, y, naturalmente, al existir otra hermosa mujer por medio, esa autoridad podía tomar un cariz celoso. Altea pensó que era preferible apartarse discretamente de Sonyo, si su estancia en el hospitalario mundo de los sonidos musicales se prolongaba.

A fin de cuentas, aquellos remotos habitantes del Cosmos, eran físicamente humanos. Y, al parecer, con la excepción de sus voces, también lo eran mental y espiritualmente.

—Altea, espero seas feliz en mi mundo —continuaba ahora la voz de Melody, aquella fascinante voz, rica en matices y vibraciones musicales—. Se bienvenida a él, y goza de nuestras cosas como si fueras una más de nosotros.

—Gracias, señora. No sé si podré ser feliz aquí o en parte alguna. Lo único cierto, es que he sufrido mucho. Y seguiré

sufriendo, esté donde esté. Me gustaría volver a mi mundo, sin embargo. Volver alguna vez…

—¿Por qué?

—Porque allí está mi vida, mi ambiente, todo lo que significó algo en mi existencia…

—¿Y… un hombre?

—No —negó lentamente Altea—. Solamente uno; otro hermano mío. Pero a ese jamás desearía verle de nuevo. Hay un abismo entre él y yo, un abismo marcado por las vidas de nuestro padre y hermano.

—¿No existe amor alguno en tu mundo, no has conocido el amor por ningún hombre?

—No, majestad. Nunca. No tuve tiempo de amar.

—Aquí, en Musicalia, vivimos en paz y amor. Hay tiempo para todo. La vida se prolonga, el tiempo prácticamente no existe para nosotros, en la medida en que puede existir para vosotros, mujer de la Tierra. Quizá aquí llegues a hallar el amor, una nueva razón para vivir, para mirar a tu futuro…

—Lo dudo, señora. No es mi mundo, no es mi ambiente. Todo es demasiado hermoso, demasiado irreal, para que forme parte de mi existencia.

—¿Insistes, entonces, en volver?

—Me gustaría. Pero allí, me espera la muerte. Los tiranos dominan la Tierra, el odio y el mal, gobiernan mi planeta. Sólo los viles sobreviven y medran.

—Lo siento, mujer. Aquello debe ser un infierno. Sería mejor que te quedaras aquí.

Altea inclinó la cabeza, vacilante. Cuando volvió a levantar los ojos, encontróse con una suave, comprensiva sonrisa en el rostro de la mujer maravillosa, bellísima, extendida en el trono rojo. Los ojos violeta, el cabello color azul-plata, la boca carnosa, perfecta, como modelada en centelleantes rubíes, todo era fascinante en ella.

—Quédate… —insistió Melody—. Aunque sólo sea por un tiempo… hasta que las cosas en tu mundo cambien.

—No cambiarán nunca. Los malvados siempre gobiernan con dureza. Y es difícil derribarles, una vez elevados.

—Creo que en semejante lugar no estarías bien, Altea. Quédate un tiempo. Después, resolveremos. O tú resolverás…

Altea terminó por afirmar lentamente, moviendo la cabeza. Sonyo, a su lado, afirmó cordialmente:

—Yo cuidaré de ti, Altea. Y te haré sonreír de nuevo, ya lo verás. Musicalia es un lugar encantador, un remanso de paz en el Universo. La gente es sencilla, amable y dulce, Serás feliz aquí, ya lo verás Quizá algún día, renuncies a tu idea de volver a la Tierra…

Altea movió la cabeza, con pesimismo. Sonyo sonrió, alentador. Melody hizo un gesto, y Altea comenzó a descender, en un gradual movimiento de radiaciones melódicas, hasta tonos graves, cálidos, que vibraron huecamente al tocar ella el suelo.

Sonyo, su hermoso y arrogante anfitrión, estaba aún arriba. Altea no pudo oír las últimas instrucciones que el joven recibió de su reina cuando ella estaba ya en el suelo bruñido, cristalino, de la senda aérea del palacio, al pie de la gran estatua de plata.

De haberle sido posible enterarse, no se hubiera mostrado tan esperanzada como ahora lo estaba.

—Escucha bien esto, Sonyo —decía Melody a su apuesto subordinado y futuro esposo—. No quiero que extremes tus atenciones con esa mujer tan hermosa…

—Mi reina, no debes tener celos…

—¡No son celos! ¡Melody, la reina de Musicalia, jamás puede tener celos de nadie, porque es la más hermosa! —Los arpegios de su voz melódica fueron ahora más duros, más vibrantes, como notas de instrumentos de metal—. Pero te prohíbe que vuelvas a conducir a Altea a parte alguna, ni te reúnas con ella, bajo la máxima pena que es aplicable en mi mundo.

—Pero Melody, yo…

—Es una orden, Sonyo. Una orden de tu reina. Si te acercases a ella, contraviniendo mis órdenes… mi castigo caería sobre ambos. Vete, Sonyo. Y recuerda lo que te he dicho… Sabes que mi ley es aquí la única que existe. Estás advertido…

* * *

—… Y ésta es la Ciudad Aguda. En ella, sus habitantes hablan con sonidos estridentes, todo tiene color vivo, brillante, y sus costumbres son, a veces, ridículas de puro exageradas. Sin embargo, es un lugar típico y divertido. Mucho más que Ciudad Grave,

Ciudad Vibrante o Ciudad Melódica. ¿Te gusta, Altea?

—Sí —asintió Altea, con una sonrisa distraída, parada en medio de la delirante locura que era la Plaza Central de Ciudad Aguda. Contempló a sus curiosos, divertidos habitantes, con sus atavíos rojos, verdes y blancos, con sus cabriolas, sus chillidos, su modo desorbitado de bailotear por doquier, como si estuvieran todos locos, o radiantes de una felicidad que escapaba por todos sus poros —. Parecen felices. Muy felices, «Arpegio».

«Arpegio» contempló ceñudo a los que le rodeaban. Les hacían gestos burlones, reían o saltaban como si fueran de goma. Hizo un gesto expresivo.

—Chiflados —dijo—. Eso es lo que están, Altea. Son unos chiflados que se divierten. Nada más…

—A mí me gustaría ser como ellos. Feliz, sin preocupaciones… «Arpegio», ¿es que en Musicalia todo el mundo es feliz?

—Bueno, yo creo que sí —rió «Arpegio», con un chorro de notas joviales—. No tenemos motivos para otra cosa. No hay guerras, ni odios… nada de nada, Altea.

Caminaron por las calles frenéticas de Ciudad Aguda, la metrópoli de Musicalia donde todo el mundo parecía divertido y disparatado, donde las casas eran cónicas o esféricas, las calles anárquicamente curvas, de suelo diamantino, azul brillante, y la música que flotaba en el aire, un puro disparate de notas rabiosamente agudas, como sonido de clarines y trompetas.

—¿Y Sonyo? —preguntó de repente Altea, saliendo de su silencio.

«Arpegio» pegó un respingo. El aire vibró, como la cuerda tensa de una cítara, súbitamente rota.

—Oh, Sonyo… —El pequeño y simpático amigo del joven hizo gestos raros—. Bueno, yo no sé… Supongo que estará ocupado. Él siempre tiene cosas que hacer. La reina confía en él y…

—Sí, claro —suspiró Altea—. Lo comprendo. Dispondrá de poco tiempo libre…

—Eso es —«Arpegio» sonrió, calmado—. Celebro que lo entiendas.

—Lo que no entiendo, es que ayer se cruzara conmigo, en Ciudad Vibrante… y se alejara vivamente de mí, sin cruzar siquiera una palabra, ni volverme a mirar…

«Arpegio» volvió a estar en apuros. Aquello, sin duda, era mucho más difícil de explicar. Tras una corta vacilación, sus sonidos musicales trataron de expresar algo razonable y convincente para la joven y bella forastera, para la invitada de Musicalia, a cuya disposición había sido puesto por orden real:

—Sonyo es un poco raro. Cuando tiene mucho por hacer, no le gusta entretenerse con nadie. Ni siquiera con los que más pueda apreciar o respetar… Además, las costumbres de aquí son algo diferentes de las vuestras, Altea. Ya te irás habituando a ellas.

—No, creo que no voy a habituarme nunca a esas costumbres —replicó Altea—. Pudo continuar con sus cosas igualmente, prestándome una pequeña atención.

—Bueno… tal vez sí —tuvo que convenir «Arpegio», muy apurado.

Altea le miró con una sonrisa triste. De repente, dijo:

—La reina Melody dijo que yo era libre. Una invitada, no una prisionera.

—Oh, claro… Claro que es así.

—Y por tanto, soy libre de volver cuando quiera a la Tierra.

—Sí, por supuesto. Aquí, todo el mundo es libre. Especialmente, tú.

—Creo que la auténtica libertad no existe en parte alguna del Universo, «Arpegio».

—¿Qué quieres decir? —indagó agudamente su voz musical.

—Nada. Te ruego que pases un informe a tu reina, a Sonyo o a quien sea preciso. Me marcho. Quiero volver mañana mismo a la Tierra.

«Arpegio» pegó otro respingo.

—¡Mañana! ¡Oh, tú no puedes…!

—¿No puedo? —Altea sonrió; desdeñosa—. Creí que era totalmente libre.

—Sí, claro que lo eres. Pero quiero decir que no deberías de…

—Lo tengo decidido, «Arpegio», me voy, o habréis de retenerme a la fuerza.

—¡Es una locura! ¿Te han contagiado estos chiflados de Ciudad Aguda? En tu mundo peligras, te torturarán o matarán…

—Nada me importa, amigo. Y no estoy loca. Quiero regresar a mi propio mundo. Eso es todo.

—Pero ¿por qué, Altea? No debes hacerlo —suplicó «Arpegio», desesperado—. Te lo suplicó yo, tu amigo «Arpegio». Y puedes estar segura de que te aprecio de veras…

—Ya lo sé —ella sonrió, apoyando una mano en el hombro de «Arpegio». La cabeza ovoide del cómico personajillo, se inclinó a un lado, emocionado—. Yo también te aprecio. Pero tengo que irme. Lo antes posible, «Arpegio». O… o…

—¿O qué, Altea?

—O llegaría a enamorarme de Sonyo —declaró bruscamente ella —. Y no quiero que eso ocurra. Temo haberme empezado a enamorar ya… y tengo miedo, «Arpegio»…

El guía de Altea, se quedó tan mudo, que sólo emitió una nota aislada, intraducible, y se quedó de una pieza, mirando con estupor a la muchacha de la Tierra.

CAPÍTULO VII

FUNESTA PASIÓN



ltea se va… ¡No, «Arpegio»! Ella no puede… ¡no puede hacer eso!

—Tiene ya la autorización real —explicó «Arpegio» gravemente—. Mañana sale de regreso a su mundo. Todo cuanto le dijimos para que renunciase, fue inútil. Melody no desea retenerla por la fuerza.

—¡Morirá nada más pisar su mundo! —replicó Sonyo, violento—. ¡O sufrirá terribles torturas, en manos de su gente!

—Ella lo sabe, Sonyo. Ella está dispuesta a afrontarlo todo.

—Pero…, ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío? Aquí está tranquila, es feliz. La aprecian, la cuidan y atienden, vive segura, lejos de peligros, de odios y de luchas… Su mente la adapta, por acción telepática, a la vida de Musicalia, de modo que no eche de menos las voces reales, ni las palabras de su mundo. ¿Qué le sucede,

entonces?

—Tiene… tiene miedo, Sonyo.

—¿Miedo? ¿A qué? —aulló, desafinada, la voz melódica de Sonyo—. ¿A nosotros? ¿A vivir aquí siempre? ¿A la distancia inconmensurable hasta su mundo?

—No sé. Creo que no es nada de eso. No teme eso, Sonyo.

—¿Entonces a qué? ¿Qué puede ser, «Arpegio»? ¿Lo sabes tú?

—Sí —afirmó su auxiliar.

—¡Habla, entonces! ¿Qué ha provocado esa decisión suya? ¡Vamos, dímelo ya!

—Lo siento, Sonyo. Pero… has sido… Tú.

—¡Yo! —Sonyo dilató sus ojos—. ¡Yo!. ¿Estás loco?

—No. Y ella tampoco. Ha notado que no la hablas, que no te acercas… que la huyes.

—¡Es orden real!

—Ella no sabe eso. Sólo sabe lo que ve. Evidentemente, está dolida. Sufre. Y no quiere ser un problema.

—Melody me ha prohibido hablarle, ir a verla. Tú sabes que la palabra de Melody es Ley. Nadie podemos faltar a sus órdenes, «Arpegio».

—Sí, Sonyo. Pero tampoco podemos oponernos a que Altea elija su camino.

—¡Altea se quedará!

—No va a quedarse. Y tú lo sabes.

—¡Yo mismo la convenceré, si es preciso! ¡Faltaré a la orden dada, desobedeceré a Melody, si es preciso!

—No lo hagas, Sonyo.

—¡Sí, lo haré! ¡La disuadiré de esa locura, aunque sea lo último que haga en mi vida!

—No debes hacerlo, Sonyo.

—¿Por qué no?

—Porque ella… ella teme enamorarse de ti. Y creé, incluso, que ya está… que ya está enamorándose. ¿Comprendes ahora?

—Ella…, Altea…, ¿enamorándose DE MI? —preguntó Sonyo, estupefacto.

—Eso es —asintió «Arpegio», resuelto—. ¿Te has convencido ahora? ¿No crees que es mejor dejarlo? Supongo que ahora no pensarás ya en ir allí a…

—¡Pues supones mal! —cortó Sonyo, resuelto—. ¡Ahora más que nunca debo ir!

Salió de la estancia. La puerta se cerró tras él, con un suave trino. «Arpegio» se llevó las manos a su ovalada cabeza.

—Bueno —musitó—. He querido arreglarlo…, y quizá lo he estropeado del todo. ¿Qué va a suceder ahora… si Melody se entera de esto?

* * *

—Altea…

Giró la cabeza. Fue como el gorjeo de un pájaro fantástico, entre los ramajes llorones, lacios y rosados, del jardín multicolor, sobre la hierba azul celeste. Pero no era un pájaro.

Era una voz grave, melodiosa, tenue. Llegaba en alas del aire aromático, con lejano rumor balsámico de voces, angelicales y vibraciones sinfónicas. La música, la armonía, el sonido excelso, estaba en el aire encantado de aquel planeta mágico, de aquel mundo de ensueño, al que ella quería evadirse, como de una pesadilla maléfica.

Miró al jardín. Se estremeció, y sus brazos rodearon, instintivamente, los hombros desnudos, sobre la túnica blanca, suave, translúcida, formada casi de niebla y estrellas.

—Altea… —repitió la voz, con su trino fantástico.

—Sonyo… —Fue la respuesta suave de ella, el murmullo melódico que brotó de sus labios, como la nota devuelta por el eco, como la llamada del amor, primitivo y natural, pasional y sublime a la vez, surgiendo de la floresta policroma.

Y los árboles, la vegetación irisada, dejó paso a la figura atlética, broncínea, de plateada melena, del hombre arrogante, del varonil habitante de Musicalia.

Altea corrió a su encuentro, en la audaz curva de la negra plataforma de su galería, asomada a las calles superpuestas de la ciudad, salpicadas de lagunas, de estanques cristalinos, donde las flores, al mecerse, emitían sonidos armoniosos y difusos.

Bajo la noche de aquel planeta remoto, dos seres de mundos distintos y lejanísimos se fundieron en un abrazo súbito, instintivo, llameante de amor, de comprensión, de fusión espiritual y anímica.

—Altea…

—Sonyo…

Se repetían sus nombres incesantemente, como en éxtasis, como una oración. Luego, sus labios se encontraron. Lo que parecía un beso de fábula, el roce de pasión entre seres de Sistemas distantes, de mundos remotísimos, perdidos en el abismo de la Eternidad y el Infinito, se hizo posible, cobró realidad y forma. En torno suyo, el aire y las flores parecieron cantar…

—Altea, te amo —susurró la voz de Sonyo—. Te amé nada más verte… aunque temía sentir algo tan profundo por ti. Y fue más, mucho más de lo que yo nunca imaginé…

—Sonyo, te quiero. Siento por ti lo que nunca sentí por nadie. Tampoco yo quería. Me decía que era imposible. Dos seres tan distintos, de planetas diferentes, no podían…

—Pueden, Altea. Somos criaturas de Dios, y, como tales, tenemos derecho a una misma felicidad, a un mismo Edén…

—Sí, Sonyo, y aun así, me da miedo tanta felicidad… —Le miró profundamente a los ojos. Las fantásticas pupilas jaspeadas de Sonyo, brillaban extrañas, profundas, impenetrables como el mismo espacio infinito que les separara hasta entonces, que quizá ahora dejaría oír también su clamor silente y eterno, para oponerse a la fusión de seres distantes, nacidos bajo soles diferentes, en concepciones vitales muy diferentes… Altea habló—: Sonyo…, ¿por qué me rehuías, por qué alejarte de mí…?

—No quería… No quería amarte. Pretendía buscar la solución en evadirme, en alejarme de ti. Es un amor prohibido el nuestro Altea…

—¿Prohibido? —Ella se apartó vivamente, le miró con asombro —. ¿Por qué? ¿Por quién?

—Por Melody, mi reina y prometida —respondió Sonyo—. Se me advirtió, y el castigo sería terrible, si ella llegara a saber… Pero nunca lo sabrá. Y cuando se entere, será tarde…, ¡porque tú y yo estaremos lejos de Musicalia, lejos de su influjo, de su autoridad y su poder!

Volvió a estrecharla contra sí, volvió a besarla…

Y entonces sonó la voz musical, profunda, dominadora:

—¡Date preso, Sonyo! ¡Y tú, Altea! ¡Habéis quebrantado mis órdenes! ¡Y eso, en Musicalia… implica la PENA DE MUERTE!

Se volvieron, con fuerza, sobrecogida la expresión. Contemplaron, en la plataforma exterior de la eran terraza asomada a la ciudad, la hilera de hombres de blanco uniforme y casco provisto de alas, las botas blancas y flexibles. Les amenazaban con algo parecido a clarines dorados, que sujetaban entre sus manos. Un rayo de potente luz blanca, llegaba de las tinieblas, procedente del palacio, y les bañaba en su claridad cegadora.

—Estamos perdidos —jadeó Sonyo, crispado—. Esos clarines… son creadores de sonidos inarmónicos, de altísima frecuencia, inaudibles para los demás… excepto para aquellos seres de Musicalia sobre quienes se proyecten los clarines. Si ahora los hacen sonar… moriremos despedazados, rotos en mil fragmentos, pulverizados por la vibración ultrasonora…

—¿Y si nos entregamos? —musitó Altea, muy pálida.

—Entonces… moriremos sacrificados, en presencia de Melody, y de todos los súbditos de Musicalia, reunidos para la ejecución…

—No me importa, Sonyo. Si Dios ha dispuesto nuestro fin…, no me importa si hemos de llegar juntos a él.

—Ni a mí, Altea. Hay cosas que van más allá de la muerte…

Continuaron enlazados, firmemente sujetos el uno contra el otro, bajo el chorro de luz sobrenatural, resignados a su fatídico destino. Felices de morir amándose…

Eso era algo que ni Melody ni la propia Muerte podía evitar. Y ellos lo sabían.

* * *

—… Y la pena, de acuerdo con las inmutables y eternas leyes de la raza de Musicalia, la dicta la reina del planeta, ante la Luz de la Justicia —sentenció, con su voz prodigiosa, armónica y potente, la hermosísima Melody, erguida en una plataforma triangular, negra y espejeante, ante un gran cuenco rosado, de forma esférica, en el que ardía una perenne llama azul, frente al símbolo de la Justicia de aquel mundo: un arco y un cerco resplandeciente.

Se hizo un silencio impresionante en la vasta planicie negra, bruñida, donde las figuras de los dos reos, Altea y Sonyo, erguidos y serenos como estatuas arrogantes, de clásica belleza e imponente porte, esperaban la sentencia, en medio de un gigantesco, amplio

semicírculo de jueces, soldados, consejeros, nobles y ciudadanos.

Melody descargó un mazazo sobre un gong dorado, de enormes proporciones. El gong extendió una armonía interminable de tintineos, desde el más agudo al más grave, rebotando en las sensibles paredes de los edificios y murallas de Musicalia, hasta extinguirse en la distancia.

No necesitó hablar Melody, soberbia y altiva ante el Gong, envuelta en un extraño halo de luz aromática y vibrátil, creadora de sonidos líricos muy tenues. El gong, con su voz metálica, extendió el castigo a todo el planeta, repetido por los ecos de la atmósfera melódica, vibratoria.

Altea y Sonyo se miraron. Habían entendido ambos la pena que les esperaba. Altea la tradujo fielmente, con un murmullo. Para ella, el sonido del metal o de la cuerda, era familiar, inteligible como una voz humana allá en la Tierra…

—El Fuego… —susurró—. La Pena del Fuego, Sonyo…

—Sí, Altea. Ser consumidos los dos juntos, en el fondo de un torrente de fuego magnético, al que nos llevará un pájaro de fuego, refractario a las llamas que a nosotros nos devorarán en cuestión de segundos… Corta agonía, Altea. Melody tiene piedad de nosotros…

Altea no replicó. Melody avanzaba lentamente hacia ellos, erguida sobre una plataforma, solemne y dominadora, habló:

—Reos de la sentencia, ¿tenéis algo que decir a vuestra reina? Se os permite hablar…

—Mi reina, gracias por el castigo rápido y piadoso —habló Sonyo con firmeza—. Pero moriré feliz junto a Altea. Nos amamos. Y el amor auténtico, va más allá de la propia Muerte.

Los labios de Melody se apretaron con fuerza. Altiva, ofendida, giró la hermosa cabeza hacia Altea, llena de arrogancia y energía.

—¿Y tú, Altea? ¿Qué tienes que decir, antes de despedirte de la vida?

Altea se irguió. Solemne, altiva, como la propia Melody. La midió con mirada enérgica, clara, límpida y llena de desdén.

—Sólo puedo decir que me causáis una infinita pena, majestad —dijo fríamente.

—¿Pena? —Los ojos de Melody llamearon, prodigiosamente bellos y ardientes—. ¿Por qué? ¡Habla!

—Porque una reina que se tiene por hermosa, y habla de la

libertad y amor de su pueblo, recurre al rencor, al odio y a la muerte, para calmar sus celos y para vengar su orgullo herido. Lo que no es capaz de ganar como mujer, lo destruye como reina, con igual cobardía que los ruines que gobiernan mi propio mundo. Será un placer morir, majestad. Porque eso, también es un modo de vencer… y de humillaros para siempre. Es cuanto tengo que deciros, señora…

Inclinó la cabeza. Sus notas melódicas, en forma de sonidos inteligibles para todos, tuvieron la virtud de dejar petrificados a todos los habitantes de Musicalia. «Arpegio» casi se cayó de la sorpresa, allá en el semicírculo de silenciosos testigos.

—¡Altea! ¿Qué has dicho? —susurró Sonyo, confuso—. ¡Puedo aplicarnos peor castigo ahora, en pena a tu desafío…!

—No lo hará —sonrió Altea, dueña de sí—. Está demasiado humillada para eso…

Parecía cierto. Sonyo observó que la hermosa reina de Musicalia, estaba pálida y convulsa. Señaló hacia el fondo de la plataforma. Y se limitó a decir, con una voz trémula, que hizo desafinar las notas de sus portentosas cuerdas vocales:

—Llevadles. Se va a cumplir la sentencia…

La guardia blanca, alada, avanzó. El gong repetía una y mil veces, en la distancia, como un trueno musical, la sentencia que iba a ser ejecutada inmediatamente. Altea y Sonyo iban a morir por desobediencia a la Ley real.

Flotaron en el aire, entre la guardia alada de blanco uniforme. La música, en ondas magnéticas, les llevó a través de una distancia, hasta otra plataforma. Ésta era circular, en forma de cerco… y en su centro, con un azul flamígero y cegador, el fuego magnético formaba un inmenso brasero, sobre el cual, una enorme jaula de plata guardaba a un pájaro de color sangre y oro, con el pico azulado. Su Plumaje era terso, brillante, refractario al calor, del que el ave gigantesca era gran partidario. Instintivamente, en cuanto fuera libertado, se lanzaría sobre el fuego azul en picado… y llevaría encima de su lomo a Sonyo y Altea…

La guardia blanca, alada, les condujo hasta la jaula gigantesca, dorada, que flotaba suspendida en el aire aromático de la noche de Musicalia, esperando su ocupante el momento de la liberación, con los voraces ojos fijos en el fuego, fascinado por él…

Allá, en la distancia, Melody asistía, erguida e impávida, a la escena que iba a desarrollarse ante toda la ciudad. La muerte de los dos rebeldes, en el fuego azul magnético…

—¡Cúmplase la sentencia! —repitió la voz de Melody, como un remoto, fatal eco de muerte para ambos.

Fueron introducidos en la parte superior de la jaula, a través de un gigantesco túnel de aros metálicos. Parecían dos pajarillos infinitamente pequeños, perdidos en una descomunal jaula, de un mítico país de gigantes.

Llegaron al final del túnel de alambre de oro, abajo, a sus pies, el plumaje rojo del pájaro de fuego, y en él, dos adherentes bandas magnéticas, dotadas de animación propia, las que les sujetarían al lomo del ave, en su viaje a la sima ardiente…

Fueron empujados al plumaje, cayeron en él, como sobre un lecho blando, esponjoso. Las bandas magnéticas se animaron, les oprimieron, reteniéndoles contra el pájaro.

Un nuevo gong retumbó; vibrando en sus oídos estremecedoramente. Se miraron, retenidos como estaban bajo las bandas magnéticas adheridas al plumaje carmesí, sus manos se unieron.

—Hasta la eternidad, amor mío —dijo Sonyo.

—Hasta siempre, mi vida —susurró ella, como un eco dulcísimo.

Y con una última mirada, larga y profunda, sintieron que el pájaro se agitaba, que la puerta de la jaula flotante se abría, para lanzarles al abismo de fuego mortal azul…

Era el fin.

Un hombre de Musicalia, y una mujer de la Tierra, dos seres de mundos distantes miles y miles de años-luz entre sí, iban a morir juntos.

En el siglo XXX, en un Sistema Solar ignoto, de una remotísima galaxia…

Capítulo VIII

EN LA Tierra



l pueblo estaba inquieto, nervioso, hosco, taciturno…

Bajo la epidermis de las gentes, la subversión, el odio, la rebeldía contra el terror, crecía por momentos. Pero también crecían las medidas represivas, la tiranía del Poder Supremo en el Sistema.

No. En la Treinta Centuria de la Era Cristiana, ningún planeta Solar podía sublevarse contra el Presidente Xhan, todavía era él su tirano, su dominador absoluto.

Aquel día, un gran día en la Tierra, al menos para el régimen dictatorial y duro del Presidente Xhan, había un especialísimo acto, a celebrar en la Gran Plaza Central de la capital terrestre, auténtico centro político y administrativo del Sistema Solar.

Tras los rumores de enfermedad, aislamiento y hasta de

intervención quirúrgica secreta, que habían retenido, según el decir de las gentes, oculto a Xhan a la vista de su pueblo, se anunciaba su aparición y discurso público, para disipar dudas y recelos. Era el aniversario de su subida al poder, sobre la sangre del Presidente Gah, asesinado por el tirano, y desde la gran terraza de su palacio, Xhan dirigiría la palabra al mundo.

Todo el mundo, particular o empleado público, estaba obligado a asistir al acontecimiento. Y en todos los planetas, la efigie de Xhan sería reproducida en las grandes, tridimensionales pantallas de color de la Cosmo-Visión, y las Colonias escucharían asimismo la voz del supremo jefe terrestre que era, a la vez, máxima autoridad solar.

Xhan iba a hablar. Y la gente, incluso sus enemigos —que eran los más, aunque dominados por el terror, por la negra y temible guardia presidencial, que capitaneaba brutal, terroríficamente, el perverso Lauro— esperaban con cierta impaciencia y curiosidad aquel momento.

Había soñadores que confiaban en una renuncia de Xhan, alcanzados ya sus sueños de poder y de grandeza. Había otros, que esperaban que el Presidente anunciase, por el contrario, nuevas y drásticas medidas de control, que amenazase a los sectores inquietos y adversos, con una política renovada de terror y de tiranía.

El misterioso desastre de la nave de Marte, que pese al esfuerzo presidencial, no tardó en hacerse público, significando un duro golpe para la soberbia de Xhan, había marcado un nuevo compás de inquietudes y de esperanzas.

Se trató de justificar el incidente, sin muy buen resultado, en especial, cuando se supo que Ghor había sido asesinado en Marte, y que Altea figuraba en la nave desaparecida como cautiva para divertir a las gentes en el Gran Circo, antes de morir frente a las bestias siderales.

Muertes, detenciones y torturas, mutilaron una seria revuelta con ese motivo, y la ficticia, sorda calma, volvió a la Tierra, bajo el látigo formidable de las patrullas de negro uniforme, los coches-detectores, que por la noche controlaban el silencio ciudadano y el respeto al toque de queda general, que convertía las hermosas, ultramodernas vías urbanas, en desiertos, en cementerios silentes y

fríos, bajo los astros de la noche.

Así, en aquel ambiente tenso, convulso, estremecido, llegó la fecha de la efeméride mundial, y la gente acudió, en riadas silenciosas, taciturnas y ceñudas, a escuchar a su Presidente, al odiado y temido Xhan, tirano de los planetas del Sistema, en la Treinta Centuria de la Era Cristiana…

* * *

Se hizo un silencio todavía mayor, cuando sonaron los golpeteos en los gigantescos «gongs» de plata de la gran terraza.

Las cabezas se alzaron, esperando…

Los ojos de millares de seres en la plaza gigantesca, y de millones de otros seres en los habitados mundos del Sistema Solar, éstos a través de la Cosmo-TV, vieron aparecer en la gran plataforma a las dos escuadras de negros guardianes, capitaneados por Lauro, el maligno hijo del Presidente Gah.

Más allá, la hermosa, sensual y provocativa Alana, la esposa de Xhan y el capitán Rhuno, jefe de la guardia antes de subir Lauro a ese cargo.

Y, por fin… Xhan. Xhan en persona.

Xhan, para cortar murmuraciones. Xhan, para ahogar comentarios, Xhan, para extinguir las últimas esperanzas de sus enemigos, que habían llegado a creer en su muerte, después de los rumores extendidos.

Xhan estaba allí de nuevo. Y Xhan, pausado y solemne, dueño de sus ademanes y de su audacia sin límites, llegó a la barandilla, contempló el mar de cabezas, casi con sarcasmo, con soberbia ironía, con la altivez propia del que sabe que domina todo aquello que su vista abarca.

El gong resonó de nuevo. Su tintineo grave, profundo, retumbó hasta la altura de los edificios blancos, cristalinos, estilizados y rectilíneos. Después, en el nuevo silencio que se hizo, resonó, repetida por mil sistemas de percusión, hábilmente distribuidos, la voz de aquel prohombre tiránico y brutal:

—¡Pueblos del Sistema Solar! Vuestro Presidente, Xhan, os habla… —Una pausa. Dramática, teatral. Luego, de nuevo habló, con su tono profundo, dominador, absoluto, haciendo los ademanes

precisos, lentos y enfáticos—: Hoy se cumple el aniversario de mi subida al máximo Poder Universal. Con ese motivo os hablo. Oídme todos.

Hizo una pausa estudiada, una pausa que llevó renovado interés a la gente, por lo que pudiera decir a continuación el gran tirano del Planeta Tierra.

Lo que Xhan dijo, llevó el frío, el helado soplo de la desolación y la angustia a todos cuantos le estaban escuchando:

—Estoy enterado de que vuestro trabajo, en pro del futuro de nuestros mundos, vuestra labor en talleres, centros y plantas industriales, distan mucho de ser todo lo perfectas que deberían de ser, porque la mayoría, abusando de vuestra condición de seres humanos, pretendéis oponeros, con una rebeldía oscura, sorda, pero no por ello menos dañina para el Sistema, al progreso científico e industrial de nuestros mundos. He pensado en la idea de crear sistemas de «robots», capaces de supliros en el trabajo, y así dejar que os muráis de hambre, como realmente estáis mereciendo todos, por apatía y falta de fidelidad a vuestro Presidente.

Hubo un murmullo sordo, ominoso, profundo, surgiendo de miles de gargantas. Se agitó, en oleaje inquietante, la multitud azotada por la palabra amenazadora de Xhan, que ahora les ponía ante el trágico dilema de privarles de su trabajo y, con él, de los ingresos para sus hogares.

—¡Callad! —rugió la voz de Xhan, dominadora—. ¡Callad todos, es una orden! ¡Yo, vuestro Presidente, os mando callar! ¡Escuchadme bien! ¡Tenéis de tiempo exactamente un mes! ¡Un mes, durante el cual fabricaremos «robots» y cerebros electrónicos en serie, capaces de supliros en todo cuanto hacéis ahora vosotros! ¡Si durante ese mes, trabajáis sin descanso, las horas de labor rinden lo previsto, y no hay merma en la producción, significará que la prueba resulta, y los «robots» serán archivados, en espera de mejor oportunidad! ¡Pero el menor fallo, el menor error, el menor abandono o negligencia, significan la pena de muerte inexorable para el que cometa la infracción… y la inmediata substitución del ejecutado por un «robot»! A final de ese mes, todos los «robots» suplirían a los hombres en las tareas habituales. ¿Está esto bien entendido? Toda empresa, toda industria, todo lugar donde haya anormalidades en la tarea, recibirán remesas de «robots», y los

trabajadores serán despedidos y encarcelados, para pasar luego a ser juzgados por delito de traición al Presidente del Sistema Solar. Eso es todo. ¡En esta fecha, os exijo, oídlo bien, OS EXIJO lo mejor para todos! ¡Xhan ha hablado!

—¡Muera Xhan! —gritó un grupo, rabiosamente.

—¡Abajo el tirano! —añadió otro grupo, furibundo, provocando un movimiento en la multitud.

La figura de Xhan se movió. Extendió la mano, señalando a la multitud. Y la voz ordenó con tono potente, despiadado:

—¡Vamos, mi guardia! ¡Disparad sobre esos rebeldes! ¡INMEDIATAMENTE!

La guardia, dispersa en hileras armadas por la amplia terraza, apuntó a los lugares de donde llegara la voz, con sus fusiles de ancha boca, de granadas disolventes. Disparó en el acto, mientras un movimiento de terror se apoderaba de la gente, provocando un caos indescriptible.

Las cargas disolventes cayeron en puntos estratégicos de la multitud. Golpeó a gentes agrupadas, que nada tuvieron que ver con los que gritaron. Pero cada granada de aquéllas, de estallido amarillo-verdoso, que provocaba una oleada de espeso gas, era un alto desintegrador de amplio radio de acción.

Los gritos de angustia de los alcanzados, que empezaron a disolverse de forma espantosa, terrible, formando primero montones de cuerpos mutilados o de simples miembros dispersos, para terminar siendo simple gas verdoso, subiendo a la atmósfera, se unieron a los sordos, siniestros «¡ploc!» de las granadas que estallaban, desintegrando a multitud de personas.

—¡Es mi respuesta a vuestra rebeldía, estúpidos! —aullaba Xhan, gesticulante—. ¡Ahí tenéis mi justicia, malditos necios! ¡Aprended lo que es capaz de hacer vuestro Presidente, cuando de imponer el orden se trata!

Continuaban las descargas térmicas, sobre la gente que formaba una masa allá abajo. Atroces claros humeantes se formaban en la multitud, al sufrir la criminal ofensiva. Muchos huían, otros caían, atropellando brutalmente a los que ya habían caído antes que ellos…

Nadie gritaba ya cosa alguna contra Xhan. Bestialmente, la represión había terminado con los descontentos y con cuantos

pretendieran seguir su ejemplo, Una matanza pública, frente a las cámaras de Cosmo-Visión, dio el más duro y terrible de los ejemplos a la Tierra y los demás Planetas.

—¡Ahora, recordad! —rugió la vos de Xhan—. ¡Tenéis un mes para decidir vuestra propia suerte, perros traidores! ¡Es el ultimátum de vuestro Presidente!

Xhan se retiró de la gran terraza, rodeado de su gente. Detrás, quedaba solamente el silencio. No aquel de antes, interesado y tenso. Un silencio, el de ahora, dictado por el terror, la muerte y el caos…

Alana, desde su rincón, siguió a la figura de su esposo al interior de palacio, dibujando en sus labios carnosos una sonrisa de gozo, una siniestra mueca de júbilo ante la matanza…

Los descontentos, los que habían alimentado esperanzas para un futuro próximo, supieron aquel día, que ya nada ni nadie era capaz de terminar con el imperio de terror y de tiranía de Xhan.

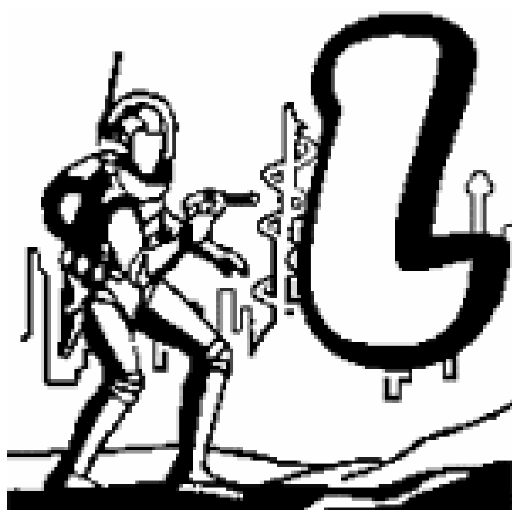
Las muertes de aquel día, eran el aviso sangriento, doloroso y trágico, de que el Presidente mantenía la fuerza y el poder, a cualquier precio, y con mayor crueldad y sadismo que nunca…

La Tierra, y con ella los demás planetas del Sistema, difícilmente podría ser salvada del dogal de acero que Xhan había estrechado en torno suyo.

Parecía no existir nadie capaz de ello, ni allí en la Tierra, ni en parte alguna del Universo.

CAPÍTULO IX

EN MUSICALIA

a puerta de la flotante jaula de oro, se había abierto. El pájaro de fuego inició el avance, como una flecha, para abandonar su encierro y lanzarse al fuego azul, su elemento predilecto.

Entonces supieron Altea y Sonyo que todo terminaba para ellos. Fue una sensación fugaz, súbita, como serían todas ahora, antes de caer en el fuego que les aniquilaría en breves segundos…

De súbito, algo sucedió, él pájaro no siguió adelante, graznó, furioso, golpeándose en algo, se paró, aleteando con ira, sus plumas rozaron los rostros de Sonyo y de Altea, ligados a su lomo por las cintas adherentes.

El pájaro no logró salir, forcejeó en vano, Sonyo giró la cabeza cuanto pudo, clavó sus ojos en la puerta de la gran jaula…, y comprendió.

Simplemente, la hoja de barrotes de dorado metal, se había vuelto a cerrar, regresó a su primitiva posición, cerrando la que parecía ya salida, franca al pájaro ejecutor de la terrible sentencia.

No tenía explicación. Altea le miró. La voz de Sonyo, resaltando por encima de los graznidos del pájaro, indicó:

—No sé lo que pasa, Altea… Pero la salida de la jaula… ha vuelto a cerrarse.

Ella parpadeó, sorprendida, y no muy esperanzada. Quizá había una avería en el mecanismo accionado a distancia. Quizá… Los dos pensaron lo mismo.

Pero no parecía haber nuevas pruebas. La puerta continuaba sin abrirse. Y, de repente, vieron aparecer de nuevo a los alados soldados blancos de Musicalia. Aproximáronse a las rejas de dorado metal. Entraron por el túnel que les sirviera para introducir en la gigantesca jaula a los dos sentenciados.

—¿Qué sucede? —interrogó, serenamente, Sonyo.

Y la respuesta llegó, de uno de los guardianes, con sus inesperadas notas musicales, expresivas y concretas:

—Ejecución suspendida. La reina Melody les ha indultado a los dos. *Están perdonados… y libres.*

* * *

—¡Perdonados… y en libertad! No… no logro comprender, señora…

Melody, la hermosa Melody, del fabuloso planeta de Musicalia, sonrió, con una dulzura nueva, sorprendente, alzó su mano, cortando a su súbdito, el hermoso Sonyo.

—No sigas —pidió—. Sé lo que sentís. No me agradezcáis nada, después de todo, os hice pasar un mal trance, lo sé.

—Señora, ¿y qué os hizo cambiar? —intervino Altea—. ¿Por qué os arrepentisteis de…?

—Yo no me arrepentí nunca de nada, mujer de la Tierra —negó Melody, con su sonrisa radiante—. Simplemente, os sometí a una dura prueba.

—¿Una… «prueba»? —Era Sonyo quien, perplejo, preguntaba.

—Sí. Tenía que saber si vuestro amor era realmente tan fuerte, tan sincero. Saber si resistíais el enfrentaros a la muerte. Yo, en

realidad, amaba a Sonyo, mujer. Pero en Musicalia sabemos luchar con nuestros sentimientos. Me dominé, comprendí que si te amaba, nada podía hacer…, salvo estar segura de que así era. Y de que tú le amabas a él sincera y honradamente. Ahora, no me cabe duda alguna. Ni a vosotros tampoco, aunque el precio de esa seguridad haya sido muy fuerte para vosotros. Anulada la sentencia, que jamás pensé en ejecutar totalmente, os puedo decir: mi bendición, y mi deseo de que la suerte os acompañe, adonde quiera que vayáis.

—Gracias, señora —suspiró Altea, inclinándose—. Sois muy noble y generosa. Perdonad que dudara de vos, de vuestro sentido de justicia y de dignidad…

—Sigo siendo vuestro fiel servidor, señora —añadió Sonyo—. Mi gratitud será eterna.

—Sí, Sonyo, sé que eres fiel. Lo fuiste hasta al negarte a compartir conmigo tu vida, cuando comprendiste que amabas a otra. Eso es fidelidad auténtica, Sonyo. Que Dios sea con vosotros…

Sonyo saludó de nuevo. Luego volvióse a Altea. Habló, con su melodioso tono grave:

—Altea, precisamente ahí estriba el gran problema nuestro de ahora. En lo que la Reina Melody ha dicho antes…

—¿En qué, Sonyo?

—Adondequiera que vayamos… «Adondequiera que vayamos», Altea. ¿Comprendes? ¿Adónde hemos de ir ahora? ¿A tu mundo, la Tierra? ¿O quedarnos aquí para siempre, lejos de tu planeta?

—Y si vienes conmigo a la Tierra… ¿lejos de tu propio mundo, Sonyo? Es un dilema.

—Tú te adaptaste a nuestro mundo, Altea —habló Melody, con su fantástica catarata de sonidos armónicos, cuajados de melodía—. Pero seguramente no serías feliz aquí, durante toda una vida.

—¿Y en la Tierra? ¿Podríamos serlo allí, Altea? —interrogó Sonyo.

—No sé… Es natural, Sonyo, que vaciles. Tú quizá no puedas adaptarte nunca, no logres sincronizar tu ser con el de los demás humanos, pero a mí no me importaría si…

—No es eso, Altea —sonrió Sonyo, alentador—. Yo me adaptaré a tu mundo, lo sé. Puedo hacerlo. Los seres de Musicalia poseemos dotes de adaptación especiales, gracias a nuestra ciencia y nuestra naturaleza. Hablaba… del estado de cosas en tu Sistema Solar.

—Oh, casi lo olvidé, en el torbellino de acontecimientos de estos últimos tiempos —suspiró Altea, aturdida—. Está Xhan, ciertamente, y su sistema de tiranía, su poderío despótico. Si vuelvo, ordenará mi muerte. Y tú, Sonyo…, ¿qué podrías hacer por mí?

—Sí, un hombre solo no puede enfrentarse a un ejército. Ni siquiera viniendo de Musicalia, donde las cosas son diferentes, Altea.

—Lo sé, Sonyo. Forzosamente, habré de quedarme aquí para siempre. Cualquier cosa es mejor que ir a sufrir peligros, quizá la muerte. No temo morir, tú lo sabes. Lo que temo es perderte, Sonyo, perder esta felicidad de ahora.

Se abrazaron los dos. Melody les contempló con afecto. Con dolor también. Ella aún sentía algo profundo, intenso, por su arrogante súbdito, pero tenía el gran valor humanó de comprender y de saber darse por vencida en liza leal, como había demostrado, con su grandeza de espíritu, y su enorme decisión.

Los ojos de Melody recorrieron el aire diáfano, rosado, cruzado por irisadas corrientes de brisas multicolores, vibrátiles, de trinos melódicos, que parecían enroscarse, formar un concierto idílico y sublime, en torno de ambos enamorados.

Melody, de súbito, habló con energía, energía diluida en su voz formada por música celestial y radiante, pero perfectamente perceptible para los oídos de Altea, adaptados al lenguaje y expresión del mundo de música y color:

—Creo que yo puedo ayudaros a tomar la decisión —dijo.

Altea y Sonyo se miraron, luego volvieron el rostro hacia Melody: su Reina sonreía, irguiéndose triunfal, como una sirena fantástica, en un mundo irreal y asombroso.

—¿Qué decís, señora? —indagó Sonyo, sorprendido.

—He dicho qué puedo ayudaros. Estoy segura de ello, Sonyo.

—¿En qué modo y sentido, Majestad? —preguntó a su vez Altea.

—En el de señalaros el lugar adonde podéis ir. Y la forma de hacerlo.

—Os escucho…

—Elegid la Tierra.

—¡La Tierra! —se asombró Altea.

—La Tierra… —repitió Sonyo, parpadeando—. ¿Cómo salvar allí

la vida de Altea, cómo vivir felices, en un sistema de terror y de tiranía?

—Ahí es donde entra mi ayuda —sonrió Melody—. Sonyo, ¿te sientes capaz de luchar por ella?

—Por Altea lucharé contra lo que sea.

—Y yo por nuestra felicidad —sostuvo ella.

—Bien. Entonces no vaciléis. La Tierra es vuestro destino. Y una vez allí, Sonyo, con tu valor y decisión, alcanzarás lo que te propongas. Estoy segura de ello…

—Señora, quisiera estar tan seguro como vos.

—Pues debes estarlo, Sonyo. Tienes mi palabra. Musicalia ayudará a la Tierra, al Sistema Solar completo, a recuperar su antigua libertad y grandeza. Si esta Centuria ha sido de dolorosos y amargos recuerdos para el pueblo humano, también llegará a serlo del grato y feliz recuerdo de su liberación. Sonyo, tú puedes ser ese libertador.

—¿Yo?

—Y Altea la que te ayude en la gran tarea. Oíd.

Cuando Melody comenzó a hablar, Sonyo supo que sí: que él podía ser ese libertador, si nada fallaba. La distancia era tan grande, sus mundos tan distintos, que quizá las cosas no resultaran después como Melody preveía.

Pero él sabía que Altea sería feliz en su mundo, con él al lado, por ella, por su planeta y sus gentes, haría lo que fuese.

Incluso ir a la Tierra. Regresar allí con Altea… y jugar la última partida a Xhan, el Presidente tirano.

—A fin de cuentas, Altea, nosotros también formamos parte de este Universo que Dios creó —terminó diciendo Melody, aplicando una mano sobre el hombro de Altea, y expresándose con una voz de gran riqueza cromática y sonora— y, si en él todos aprendemos a ayudarnos unos a otros…, habremos pagado el mejor tributo a nuestro Creador, y a la maravilla de su gran obra…

* * *

—Todavía estás a tiempo de volverte atrás, «Arpegio».

—Nunca, Sonyo —negó el gracioso hombrecillo de Musicalia—. Si tú te sabes adaptar a la vida terrestre, también lo lograré yo,

estoy seguro. No me gustaría quedarme en Musicalia, sabiendo que nunca volveré a verte, Sonyo amigo.

—Está bien —suspiró Sonyo, palmeando con cariño a «Arpegio»—. Adelante, amigo.

—Gracias —había un temblor, como una cuerda discordante, en la música de la voz de «Arpegio»—. Muchas gracias… Altea, ¿no te molestaré a ti con mi presencia, allá en tu mundo?

—No digas esas cosas, «Arpegio» —Altea le miró con afecto—; todo lo que se refiera a Sonyo, será entrañablemente mío. Y tú eres su mejor amigo. Además, me eres simpático, «Arpegio». Incluso es posible que te busque novia allá abajo…, si todo sale bien.

Sonyo rió, con el gesto de «Arpegio», que dio brincos de júbilo, exclamando con una aguda nota jubilosa en su voz melódica:

—¡Hurra por Altea! ¡Eligiéndola tú, será la más hermosa chica del mundo… detrás de ti, claro está!

Todos rieron ahora. Entraron en la nave de plata, de forma triangular, dispuesta para abandonar Musicalia. Era una de aquellas naves del planeta melodioso, capaz de hender el vacío a velocidades fabulosas, miles de veces superiores a la luz, para llegar al Sistema Solar de la Vía Láctea, en escaso tiempo, a tenor de su fantástica distancia.

—Dispuestos al gran salto —dijo Sonyo gravemente—. Por el camino realizaremos la «adaptación» de «Arpegio» y la mía, a tu propio mundo y tu «readaptación» a tu propio ambiente.

—Sonyo, ¿crees que no habrá fallos en eso? —indagó Altea, alarmada.

—No temas —rió «Arpegio»—. Nuestros mecanismos son perfectos y, después de todo, respiramos aire, somos humanos, nos parecemos mucho, Altea; sólo que tendré que habituar mis oídos a vuestro duro sonido al hablar. Echaré de menos la música de mi planeta.

—Seguro que olvidarás eso cuando una bonita chica de la Tierra te murmure cosas dulces al oído —rió a su vez Sonyo—. Entonces todo te parecerá música de ángeles.

Eso puedes darlo por descontado —aceptó «Arpegio», agitando su mano hacia el exterior, antes de cerrar la puerta de la nave. Luego miró con mayor seriedad a ambos amigos y añadió—: Bueno, hablando en serio…, que Dios nos proteja a todos.

—Y que nunca tengáis motivos para arrepentiros de esto…, ni yo de abandonar un mundo tan hermoso, tan delicado y sensible como el vuestro —murmuró Altea.

—No es un «adiós», Altea —dijo Sonyo—. Algún día volveremos a él, pero cuando eso suceda, tu Tierra será de nuevo un mundo hermoso, lleno de paz y de libertad para el hombre.

—Que Dios nos proteja también en eso —suspiró Altea—. Y no ya por nosotros…, sino por la Humanidad que ahora sufre…

La nave comenzó a funcionar. Su singular mecanismo magnético, de combustible y materias desconocidas en los mundos del Sistema Solar, comenzó a funcionar. Emitieron sus chorros de energía superlumínica, aquel sonido melodioso, que Altea oyera por vez primera en Marte, durante su cautiverio, sin sospechar que aquel sonido marcaba su propio destino. Como quizás ahora sucedería también…

Por los visores echó una última ojeada al dorado planeta de las melodías y los colores paradisíacos. Un mundo de ensueño, en un Universo que en cada rincón encerraba sorpresas y prodigios similares, para pasmo del ser humano que llegara hasta ellos.

Un mundo hecho de paz, de amor, de comprensión y sacrificios heroicos, de música, de luz, de color y de espíritu.

—Hasta siempre, Musicalia —musitó Altea, sintiendo correr lágrimas por sus mejillas—. O hasta nunca…

—Será hasta siempre, querida —dijo Sonyo, junto a ella algo emocionado también. La rodeó, con fuerte brazo, y clavó sus ojos en la pantalla, con expresión dolorida—. Ya lo verás como un día volvemos… a recordar nuestro encuentro en los espacios, y el principio de nuestra felicidad, bajo la luz de nuestras constelaciones y galaxias…

—Sí, Sonyo —murmuró Altea, llena de fe. Y llena de temores también.

Temores de que allá, en la Tierra, aquella fe se derrumbase, y el espíritu maléfico de Xhan, su enemigo mortal, terminara alzándose con el triunfo. Un triunfo que sería ahora el desastre final para «Arpegio», para Sonyo y para ella…

La nave arrancó.

Musicalia se perdió en el abismo de los cielos, allá atrás. La supervelocidad arrastró a la nave de plata de Sonyo, a través de

mundos, espacios siderales y grandes vacíos intergalácticos, hacia el lejano, remotísimo Sistema Solar…

El gran salto había comenzado. El salto hacia el fin. O hacia el principio…

El salto hacia… un infierno llamado Tierra.

CAPÍTULO X

¡FRENTE A XHAN!



lana oyó, en el silencio de la noche, aquel extraño sonido.

Despertó solamente a medias. Escuchó. No se oía nada. Pudo haber sido un sueño, una simple imaginación.

Se dejó caer de nuevo en su lecho suntuoso, de ropas doradas y esponjosas, que envolvían la tersura cálida de su cuerpo. Cerró los ojos, con un suspiro.

Rápidamente, se incorporó de nuevo. Asombrada, aguzó el oído.

No. Ahora no había oído mal. Aquello…, aquello era música.

Una rara música. Como un fantástico trino melodioso en la jungla, como el alarido de un animal de raro sentido melódico, repetido por ecos cristalinos, vibrátiles. Se extinguió luego, pero continuó un momento después, repitiéndose en igual diapasón.

Alana se frotó los ojos, para ahuyentar el sueño. Aquella rara

melodía… ¿de dónde podía llegar? Y ¿quién era el osado, que, después de la llamada de silencio general en todo el Sistema, impuesta por el Presidente, se atrevía a modular sonidos musicales en la capital de la Tierra?

El sonido largo, musical, se repitió una vez más. Alana saltó del lecho, cubriendo su cuerpo con una tenue bata púrpura. Oyó pasos rápidos en las galerías exteriores. La guardia nocturna andaba tan intrigada como ella por conocer el origen del raro sonido musical.

Era preciso investigar aquello. Y una vez localizado el responsable, la muerte inexorable caería sobre él. Era la ley. La ley de Xhan.

Alana sonrió, al pensar en esto. Avanzó con rapidez hacia la alcoba inmediata, donde descansaba Xhan, guardado por su fiel centinela, Lauro. Llamó con los nudillos, antes de presionar el resorte magnético, que deslizaba la hoja.

—¿Quién es? —indagó desde dentro una voz sobresaltada.

—Yo, querido. Soy Alana —informó ella—. Algo sucede.

Él se movió en el lecho, vistióse rápidamente, en la semipenumbra.

—¿Qué sucede? ¿Por qué te inquietas? —demandó—. ¿Qué puede ser lo que ocurre?

—Música.

—¿Música? —mascculló el Presidente, estupefacto.

—Sí, música. En plena noche, con el silencio en pleno vigor. ¿No te parece raro?

—Es imposible, Alana, que nadie se atreva a eso, Y, menos, cerca de palacio… ¿Tú has oído?…

—Sí. He oído esa música, querido. Muy cerca de aquí. La guardia anda buscando su origen, es evidente.

—Bien. Vamos a averiguar lo que sucede… ¡y en seguida!

Avanzó el Presidente hacia la salida de la alcoba. Alana le siguió interrogando:

—¿Será prudente que…?

—Tú espera atrás, no vengas conmigo. Vale más tomar precauciones. Y no pierdas la cabeza, querida. En algún lugar está el origen de esa música, y cuando la guardia lo descubra, van a lamentar haberla provocado. La ley es inflexible, tú lo sabes.

—Sí, querido. No te dejes dominar por los rebeldes, o todo se

hundiría.

—Descuida. Caerán cuantos sea preciso. Pero nadie se opondrá a mi poder…

Alejóse la figura del Presidente, por el corredor iluminado. Alana se quedó atrás, esperando, percibiendo aquella fantástica melodía que parecía venir de todas partes… y de ninguna en concreto.

* * *

Los blindados vehículos del Control Urbano recorrían las calles, incesantemente, sus potentes pantallas magnéticas giraban en su techo, como cuerpos de metal vivos, en un esfuerzo desesperado por localizar el origen de la música nocturna.

Pero los expertos, dentro de los vehículos Presidenciales, creían volverse locos. La luz indicadora de distancia y origen variaba constantemente, como si no existiera tal lugar realmente. Los coches iban de acá para allá, siguiendo esas indicaciones… y siempre volvían a otro punto ya visitado, con igual resultado negativo, confuso.

Todos los detectores de sonidos nocturnos, utilizados por el Gobierno de Xhan para controlar la orden de silencio absoluto, de total soledad de las ciudades, después de determinada hora, funcionaban febrilmente. Los
«bip-bip»
de los mecanismos registradores, las grabaciones magnéticas y las pantallas de radar y de absorción de ondas sonoras, actuaban por doquier.

Y, cosa increíble, el resultado seguía siendo el mismo, cuatro horas después de la aparición de aquella música extraña, repetida, monocorde: ¡nada!

Las patrullas de enlutados guardianes armados recorrían las calles de suelo metálico, con paso rígido, militar. Sus manos esgrimían armas potentes, mortíferas. Esperaban ver surgir a los rebeldes, a los atacantes, o esperaban encontrar el origen del sonido ilegal, que alteraba el silencio proclamado por el Presidente Xhan.

Pero lo desesperante era no hallar nada. No localizar el origen de aquel sonido repetido, exasperante, monocorde y melódico.

Las emisoras de radio y televisión fueron obligadas a funcionar, por patrullas especiales, y sus equipos técnicos se cuidaron de buscar la frecuencia, la longitud de onda y cuantos datos pudieran hallar, que detectasen el origen exacto de la música.

Inútil también. La Cosmo-Visión y la Inter-Mundial Broadcasting se declararon ineptas para hallar nada.

—Es una música de rara tonalidad vibrátil —señaló un técnico de la TV—. Pero su punto de origen no se concreta. Ni creo que esté emitida realmente por radio, según lo que nosotros entendemos…

La información fue transmitida con urgencia al Palacio Presidencial. La orden de Xhan no se hizo esperar:

—¡Registrad casa por casa! ¡Allanad moradas, detened a todos los que puedan ser sospechosos de provocar incidentes que lleven a una anormalidad! ¡Si alguien parece callar u ocultar algo… torturadle! ¡Y matad a unos cuantos públicamente, como ejemplo para que las lenguas se desaten!

* * *

El atropello estaba en su apogeo.

Casa por casa, hogar por hogar, negocio por negocio. Todo allanado, desordenado, destruido o dañado por las brutales patrullas de soldados de negro uniforme. Algunos protestaron o se resistieron, enfurecidos. Fueron trasladados a las mazmorras o ejecutados en plena calle, cuando ya la luz del día comenzaba a surgir.

El terror crecía, bajo el azote de Xhan y sus fuerzas militares. Éstas actuaban sin contemplaciones. Los vehículos, situados estratégicamente, buscaban el origen de la música, sin hallarlo.

A la hora de comenzar el trabajo en todos los lugares de la Tierra, la búsqueda proseguía, y la música no había cesado en sus intermitentes, machaconas oleadas. Los nervios de soldados, de personas civiles, de todo el mundo empezaban a ponerse tensos. Pero, especialmente, los del Presidente, los de Alana y la Guardia Presidencial.

—Con las máquinas y el ruido que existe durante el día esa música cesará —dijo roncamente el Director General de Radio en la Tierra—. O no será audible…

Fue un error.

En el momento mismo de iniciar sus labores la gente, la música sufrió un cambio. Su tono se elevó. Se hizo más agudo, sin herir los tímpanos. Pero, eso sí, su aumento de volumen y de agudeza comenzó a hacer trepidar las calles y los edificios. Y las máquinas y objetos metálicos.

La trepidación existía incluso en Palacio. El Presidente ordenó aplicar amortiguadores especiales de sonido. Inútil. Todo continuó trepidando.

A mediodía, empezaron a llegar a la Tierra despachos de las Colonias de Venus, Marte, Saturno, Júpiter.

Todos aquellos mensajes urgentes contenían un texto similar:

> *Música vibrátil extraña inquieta soldados y provoca desórdenes. Represión inmediata, pero inútil intentar localizar origen melodía.*

El Presidente, en sus alcobas particulares, estrujó furiosamente esos despachos, en cuanto llegaron a su poder. Revolvióse, conectando el televisófono de órdenes, y aulló invadido por la rabia y la más grande desesperación:

—¡Terminen con eso! ¡Es una orden definitiva! ¡Terminen con eso… o ejecutaré a mi propia guardia, uno por uno! ¡Terminen de una vez!

En torno suyo, de la trémula e inquieta Alana, los muros metálicos, los objetos, sus propias armas vibraban extrañamente, como sacudidas por un constante, melódico temblor de tierra de imposible duración…

Furioso, el Presidente se oprimió la cabeza con ambas manos, para no seguir sintiendo vibrar su propia cabeza con aquel sonido diabólico, pero lleno de armonía…

* * *

El primer lugar fue la Factoría Oficial de Armamento.

El coronel Kreew dio la alarma, lanzándose al televisófono, conectado directamente con el Palacio Presidencial, en constante

servicio de emergencia.

—¡Las armas, señor! —informó a la efigie de Xhan que apareció en la pantalla—. ¡Las armas todas…!

—¿Qué mil diablos ocurre ahora, coronel? —aulló Xhan, con ojos dilatados.

—¡Se disuelven, señor! ¡Están *desintegrándose*, por efectos de la vibración constante! ¡Y si esto sigue así, los expertos aseguran que todo, *absolutamente* todo, se desintegrará, a medida que esa música aumente su tono y vibración! ¡Y *está aumentando por momentos*, señor!

—¡Pronto, guarden cuantas armas puedan en cámaras a prueba de sonido! —rugió Xhan—. ¡Busquen las que sean precisas, pero llenen esas cámaras de armamento útil y munición! ¡Si quedásemos desarmados, el pueblo nos aplastaría!

—Sí, señor… —El coronel tragó saliva—. Pero las gentes…, las gentes empiezan a hablar, a reunirse en grupos. Temen que la vibración melódica derrumbe sus casas y aniquile sus vidas, y se decidirán a todo, con tal de evitarlo. O tratarán de morir matando, señor.

—¡Antes de que pase más tiempo, utilicen las armas que quedan íntegras! ¡Ataquen sin compasión a la gente! ¡Maten a cuantos sea preciso, en calles y plazas!

—Pero, señor, eso sería asesinar a…

—*¡Es una orden! ¡Maten!* O yo les haré ejecutar a ustedes, coronel…

Cerró el televisófono. El coronel enjugóse el sudor, y se apresuró a dar la bestial orden a sus hombres. Entre tanto, en derredor suyo, el edificio temblaba, las formas metálicas de armamento se reducían a simple polvo, a partículas metálicas, desintegradas por la acción vibratoria, capaz de romper la unidad molecular de los cuerpos, al llegar a su frecuencia destructora.

En unos grandes talleres metalúrgicos, los tornillos y remaches comenzaron a disolverse en las manos de los obreros. Éstos se miraron entre sí. Sabían lo que significaba aquello. Si los metales se disolvían…, las armas del tirano no tardarían en seguir igual suerte.

En la calle, donde caía ya la tarde, la música había subido uno o dos tonos más. Su volumen era tolerable a la gente, por su gran melodía. Pero la vibración alcanzaba ya a todo. En especial, a los

nervios rotos del Presidente, de Alana, de su atemorizada y desconcertada guardia, de su inquieto ejército…

Los obreros, silenciosamente, empezaron a abandonar los trabajos. Las plantas industriales quedaron vacías. Riadas de hombres sombríos, resueltos, inflexible, como auténticos «robots», pero «robots» dispuestos, no a trabajar, sino a matar, a destruir, avanzaron hacia las calles y plazas, avenidas y niveles, rutas aéreas y callejeras, en busca de su revancha. En busca de la liberación definitiva o de la muerte.

Eran como legiones fantasmales, andando a compás de la música terrible, demoledora, de la sinfonía trágica que, en algún lugar de los planetas, estaba sonando como réquiem a la ruindad de un ser: el nuevo Presidente del Sistema…

—¡Alto! —Sonó la orden en las calles y plazas de acceso directo al Palacio—. ¡Alto todos!

Los obreros no se detuvieron. Las gentes, procedentes de mil lugares de la ciudad, siguió adelante, en raudal incontenible y silencioso. La guardia de negro uniforme, desplegada frente a ellos, en densas hileras, lo cubría todo. El ejército, en posiciones elevadas, disponía sus piezas de artillería nuclear y eléctrica sobre la gente.

Pero nadie se paraba ante el peligro, ante la ominosa muralla, erizada de cañones, de bocas mortíferas. La voz del Presidente sonó ahora en el aire:

—¡Atrás todos! ¡No sigáis! ¡Vais hacia vuestra muerte, locos insensatos! ¡Mi guardia, mis tropas, van a disparar sobre vosotros ahora mismo! ¡En cuanto deis otro paso más, al terminar yo de hablar, daré la orden de fuego! ¡Es la última oportunidad que os queda!

Los hombres, las mujeres, todos los que se rebelaban abiertamente ya no obedecieron, siguieron adelanté, hacia su muerte, hacia la liberación de los que quedaran con vida, como una consigna que estaba por encima de sus propias vidas. Avanzó la masa ingente, temible, silenciosa.

—*¡Fuego!* —ordenó, cruel, la voz del Presidente.

La guardia, los soldados se inclinaron sobre sus armas. La gran matanza iba a tener lugar, inevitablemente. Nadie quedaría con vida en aquella manifestación ingente. Millares de vidas caerían en el segundo siguiente…

* * *

El prodigio sucedió ante los ojos de todos, en el instante supremo.

Las armas se disolvieron de repente, con un estallido aterrador, que diluyó sus moléculas, separándolas entre sí. Agrietó los cañones primero, para desgajarlos y pulverizarlos después, en tanto de las manos de la fuerza de negro uniforme volaban nubecillas metálicas de partículas inofensivas…

Un rugido de júbilo, de entusiasmo, de radiante triunfo, surgió de la multitud, que ya sin diferencia con sus enemigos armados, igualados por la anulación de toda arma, se movió hacia las tropas, disponiéndose a arrollarlas.

El terror, el desconcierto, la desesperación disolvió las apretadas y seguras filas militares de antes. Los soldados buscaban su propia salvación en la fuga. Los accesos al Palacio Presidencial quedaron libres, abiertos a la multitud enfurecida, rebelde, por vez primera triunfante…

Cayeron los guardianes, alcanzados por el rodillo humano. Se les golpeó y zarandeó, se les trituró materialmente, apartándoles como a alimañas molestas.

Allá, al fondo, la mole de la residencia oficial de Xhan era el último reducto a ocupar. De sus torres, de sus muros, de sus terrazas, polvillo metálico caía, al fundirse las armas temibles en cuyo poder se protegía Xhan, el malvado.

—¡Muera el tirano! ¡Abajo Xhan! —aullaba la multitud.

Pero ellos ignoraban que el tirano, el ser monstruoso al que debían los horrores y ruindades cometidas en las pobres gentes de la Tierra y los demás planetas del Sistema, distaba mucho de estar totalmente vencido…

Capítulo XI

Espejismo


o tenemos otro recurso que huir —jadeó el Presidente.

—Imposible —susurró Alana, muy pálida—. ¡Mira tus tropas! Huyen a la desbandada, y tus armas son aniquiladas por esa música maldita, esa música que continúa, que crece de volumen constantemente… ¿Adónde vamos a ir? ¿En qué vehículo? ¿En una nave que se desintegre de pronto, acabando con nosotros?

—No hay nada seguro, Alana. Nada…

—Ellos…, ellos no se atreverán a matarnos… —musitó ella, estremecida.

—¿No? ¡Nos despedazarán esos perros traidores y rebeldes! —aulló el Presidente, lleno de terror—. Esto no hubiera sucedido, de no mediar esa música maldita. Esto sería aún nuestro dominio, nuestro poderío, de no ser por ese infernal fenómeno que no he

logrado entender…

—Pero, querido, habrá una salida, un camino… Tú siempre has tenido ingenio, has sabido hacerlo todo inteligentemente… —Alana le rodeó con sus brazos—. ¿No ves una escapatoria, un camino?

El Presidente enarcó las cejas. Miró fijamente a Alana. Luego asintió despacio.

—Sí… Espera, querida… Tal vez aún esté a tiempo. Todavía podemos hacer que las cosas sean distintas, magníficas…

—No te comprendo…

—Ellos odian al Presidente… y a la hermosa Alana, su esposa.

—¡Oh, querido, no digas esas horribles cosas! —gimió ella—. Creí que realmente tenías un medio, una forma de eludir la muerte…

—Y la tengo —sonrió él—. Ven, querida, Voy a mostrártela. Delante de toda esa gente te mostraré mi astucia…

* * *

La multitud llegaba ya ante el gran Palacio Presidencial. Las últimas armas, las más pesadas y de aleación metálica más complicada, se derrumbaban ya, sin efecto alguno, sin el menor valor, aunque ya sus artilleros, aterrorizados, las habían abandonado antes. No se veía a nadie de la guardia, ni en corredores ni terrazas del edificio Presidencial.

Entonces algo sucedió.

Del aire, del cielo que oscurecía, con la llegada de la noche, encima de la gran urbe, emergió algo. Un fantástico, melodioso triángulo de plata, una argentina nave de forma triangular, fantástica en su ligereza y evoluciones, planeando sobro las azoteas y cúpulas, sobre la ciudad blanca, cristalina y rectilínea…

—¡Mirad! —voceó alguien—. ¡De ahí sale la música, la música salvadora!

—¡Hurraaaa! —corearon millares de gargantas humanas.

Se agitaron brazos entusiastas, triunfales. Miles de ojos se clavaban en la majestuosa forma de la gran nave plateada, que ahora sobrevoló el palacio, la gran terraza negra, espejeante… Regresó por encima del mar de cabezas, y del interior de la nave emergió una voz:

—¡Os habla Sonyo, vuestro amigo de otro planeta, y triunfador sobre Xhan, el tirano! ¡Voy a descender entre vosotros, para ser vuestro amigó y hermano, para quedarme para siempre en vuestro mundo, si en él me aceptáis! ¡Y para entregaros, para devolveros a alguien que amáis y que creéis haber perdido definitivamente!

La voz llegaba melodiosa, envuelta en aquella música, que ahora había disminuido su volumen, para que la voz armoniosa, humana ahora, pero con inflexiones musicales aún, de Sonyo, el ser de Musicalia, sonara en todos los oídos, expandida por el mismo sistema amplificador, de ondas difundidas en el aire, moduladas a su voluntad, que sirvieran para lanzar sobré la Tierra la música revolucionaria.

De súbito, la voz de Sonyo cesó. La gente había vuelto sus rostros, sus ojos, hacia la gran terraza, y sonaron miles de voces:

—¡Mirad! ¡Es el Presidente Xhan! ¡El Presidente huye con su esposa!…

Era cierto, Xhan y Alana corrían, desesperadamente, hacia el fondo de las galerías, siendo visibles para la gente agrupada abajo. Un clamor de odio les acogió. Y, de súbito, apareció tras ellos una negra figura, la figura de un hombre joven, arrogante, corriendo en pos de Xhan y de Alana.

Ambos corrían menos que su perseguidor. El oficial de negro uniforme les alcanzó, Alana retrocedió, mientras Xhan se lanzaba sobre el perseguidor, éste, comenzó una lucha cuerpo a cuerpo con el tirano…

La nave de plata sobrevoló el lugar del duelo, de repente, los fuertes brazos del oficial enlutado alzaron a Xhan, gesticulante y desesperado, por encima de su cabeza. Lo lanzó luego, a través de la barandilla.

Un grito ronco, surgido de miles de gargantas, acogió el fin del tirano. Como un pelele, fue saltando de baranda en baranda, hasta rebotar finalmente en un saliente del palacio… y caer hecho un guiñapo a los grandes estanques que rodeaban el palacio. No volvió a salir…

Arriba, el vencedor del tirano estaba ahora junto a Alana, la esposa del Presidente, también odiada por la multitud, puesto que sabían que era el genio maléfico de Xhan. Pareció, por un momento, que la hermosa Alana rodeaba con sus brazos al vencedor, acatando

su victoria y rindiéndole vasallaje.

Pero sin duda fue un error, un equívoco en la interpretación de la escena, porque lo que siguió fue bien distinto a lo que podía eso dar a entender.

El oficial enlutado, en vez de aceptar aquel supuesto abrazo, rodeó a su vez a Alana con sus propios brazos… y la alzó un instante en el aire, luego, el cuerpo hermoso de la mujer, siguió el mismo camino de su marido.

Un chillido de horror infinito surgió de la boca de ella, mientras su cuerpo hendía el alto espacio, dando tumbos contra los salientes del muro, y con un bote final, salvó el estaque, sin caer en él…

Se estrelló su cuerpo en el pavimento metálico, frente a la multitud que, sobrecogida, retrocedió ante la mujer que fuera hermosa… y ahora no era sino un cuerpo astillado, sangrante, informe…

Arriba, en la terraza del palacio, el oficial de negro agitó sus brazos, miró a la multitud y gritó:

—¡Los tiranos han muerto: Yo, Lauro, hijo del Presidente Gah, pido perdón por mis errores… y me uno a vosotros! ¡Todos por la libertad de los mundos!

La gente, que hubiera fichado a Lauro momentos antes, había sido vencida por la audaz acción del oficial, y ahora, aclamaciones de triunfo saludaron a Lauro, el hermano de Altea…

Sobre las cabezas de todos, la nave plateada hizo un último planeamiento, y se posó suavemente en la terraza, no lejos de Lauro, que se volvió sonriente y seguro de sí mismo, a recibir al triunfador que, llegado de otro planeta, devolvía a la Tierra su paz y su libertad.

* * *

La puerta de la metálica nave de plata se abrió…

Sonyo apareció en su puerta, con «Arpegio» a su lado, arrogante, hermoso, impresionante de estatura y de porte, Sonyo avanzó hacia Lauro, y Lauro hacia él, con la mano extendida…

—Bienvenido a nuestro mundo, hombre de las Estrellas —saludó Lauro—. Ha sido un honor y una gran victoria. Yo llegué a ser partidario de Xhan, por miedo, luego, comprendí que había que

luchar por la libertad de nuestra raza, aniquilar al tirano, ahora que ello era factible…

Sonyo afirmó lentamente, con su blonda cabeza, después, apartóse, invitando:

—Altea, puedes salir. Tu hermano ha vencido al tirano…

—¡ALTEA! —Lauro palideció intensamente—. ¿Es… es ello posible…?

—Sí —sonrió Sonyo—. Ella es la persona a quien traigo de vuelta a la Tierra…

—¡Altea! —Avanzó hacia la joven, al verla, con sus brazos extendidos—. ¿Podrás perdonarme, hermana, mis numerosos errores?

Altea le miró, estremecida, vaciló, luego, inclinó la cabeza, denegó despacio.

—No, no puedo perdonarte, pero eres mi hermano, celebro que vivas, y que hayas sabido elegir…

—Altea, yo… —Lauro corrió hasta ella, la rodeó con sus brazos —. Altea, quisiera que trataras de olvidar… Sé que Ghor murió, pero…

—Intentaré olvidarlo, Lauro, pero no creo que pueda, te soy sincera…

Sonyo contemplaba fijamente a ambos hermanos. Miró hacia abajo, al cuerpo roto en la calle, el de la hermosa Alana. Y al oscuro estanque que engulló a su víctima, el temido Xhan…

—Presidente… —preguntó de súbito Sonyo.

—¿Qué? —habló Lauro, volviéndose con viveza, y con una voz peculiar. LA VOZ DE XHAN.

Una lividez intensa se extendió por el rostro de Lauro, que vaciló. Altea, sorprendida, miró a su hermano, luego a Sonyo.

Y Sonyo habló, con una risa sarcástica, dura.

—Hubiera sido un plan perfecto, Lauro… si yo no tuviera la facultad especial de LEER en la mente de los humanos con facilidad.

—No le entiendo —jadeó Lauro—. Le respondí… porque siempre lo hacía, en lugar de Xhan. Era… era su auxiliar…

—Sí, ya veo —rió Sonyo—. Altea me contó el truco de Xhan, para matar a su padre, usó un robot, pero un perfecto «robot» de fibra similar a la carne, movimiento autónomo y un repetidor de sonidos, que recogía la voz del auténtico, y hacía mover incluso sus

miembros a distancia, ingenioso todo, y muy oportuno para un tipo ambicioso como usted, Lauro… que además, fue seducido, subyugado por la hermosura y lujuria de una mujer. Alana. Juntos, mataron a Xhan, ¿verdad?

—¡No! ¡No sabe lo que dice! —chilló Lauro.

—De eso hace tiempo ya. Justo cuando se recrudeció la perversidad de Xhan. Alana y usted, eran mucho peor que el propio Xhan, muerto y enterrado. Usted usaba su robot como si fuese el auténtico Xhan. No dejó aproximar a nadie, estoy seguro. Alana le ayudaba.

—¡Es todo una sarta de estupideces, de cosas grotescas! —aulló Lauro, convulso.

—Usted sabe que no, Lauro —negó Sonyo, dominador, clavadas sus ardientes pupilas en el hermano de Altea—. Usted hizo el papel del Presidente hasta hoy. Cuando vinieron mal dadas, planeó con Alana «matar» públicamente a Xhan. Bastaría tirar el robot al estaque. Ella, la muy estúpida, creyó en usted. No pudo imaginar que usted iba a hacer más. Para salvar su vida, no vaciló en, después de tirar el robot al estaque, fingiendo la muerte de Xhan, fingir también que el abrazo apasionado de Alana era un intento de luchar… y la mató también a ella. Por eso el cuerpo de Alana no importaba que cayera a la calle, en cambio, Xhan se hundió. Cuando lo saquemos, veremos que es un perfecto muñeco de fibras como la carne humana, movimiento autónomo y sistema de sonido…

Lauro, lívido, se había visto descubierto, de súbito, alzó a Altea en sus brazos. Como antes a Alana y al falso Xhan, volteó a su propia hermana, corriendo hacia la balaustrada. Altea chilló, sin poderse desasir.

—¡Perdí la partida por culpa de Altea y de usted, maldito entrometido! —rugió—. ¡Pero ella me acompañará al infierno!

—¡No, Lauro…! —gimió Altea—. ¡Soy tu hermana!

—¡Yo no tengo hermanos! ¡No quiero a nadie, estúpida! ¡Moriremos juntos! ¡Ese tipo te ama… y será mi mejor venganza! —Y diciendo esto, Lauro se dispuso a saltar con su hermana en brazos, por encima de la barandilla.

«Arpegio» y Sonyo corrían ya al interior de la nave. Sonyo llegó antes, lívido y sudoroso. Se lanzó sobre el creador de música

artificial de Musicalia, lo manejó…

Allá afuera, ante el terror de las gentes, expresado con un clamor terrible, Lauro saltó, con Altea en sus brazos, mortalmente hacia la calle…

* * *

Los torrentes de música estabilizadora, silenciosa casi para los humanos oídos, formando auténticas «sendas» invisibles, de ondas sonoras estabilizadoras, alcanzó a Altea, cuando los brazos de Lauro la soltaron, instintivamente, en el vacío.

Las botas aladas de Altea, aún las mismas de Musicalia, tocaron las ondas magnética-melódicas. Batieron las alas de sus botas rosadas. Flotó en el aire, como volando, como un hada fantástica, ante el estupor de todos los que creyeron verla estrellarse en el metálico pavimento de la calle.

En aquel pavimento donde ahora, con un aullido atroz, de furia y de decepción, por advertir el salvamento mágico de su hermana, y de dolor intenso por el choque de muerte, se abatía Lauro, el malvado, el auténtico Presidente que, en la sombra, había regido los destinos del Sistema, cruel como nadie, desde que asesinara a Xhan, el primer tirano…

Conclusión

—El espejismo se disipó, Altea. Lauro era el tirano y halló su justo fin. Dios mío, pensar que tú, tú, mi Altea, pudiste ser su víctima final la que le acompañara en su cobarde decisión…

—Sonyo, te debo la vida… Una vez más, soy deudora tuya.

—Altea, mi vida, ¿cómo puedes decir eso? Me has dado una existencia hermosa junto a ti, en la Tierra. Me has dado tu amor, tu compañía, vas a darme unos hijos, los primeros seres que nacerán de dos personas de mundos diferentes, lejanos…

Altea suspiró, reclinando la cabeza en el poderoso torso de Sonyo. Miró a las alturas, a los astros lejanos, que salpicaban el negro vacío.

—Melody cumplió su palabra —dijo—. Es una gran Reina. Y una gran mujer. Hay que saber serlo, para admitir la derrota… y ayudar a la que la venció a una. La admiro mucho, Sonyo. Tienes una gran reina.

—Tenía una gran reina —rectificó suavemente Sonyo—. Recuerda: ahora soy el esposo de Altea, una muchachita que no ha querido ser Presidente, sino una mujer sencilla, que renuncia al Poder, para dedicarse a su esposo y a sus hijos, en un mundo de paz, de libertad y de progreso.

—Todo se lo debemos a tu mundo, tu música prodigiosa, Sonyo, la idea de Melody, de trasladarla a la Tierra en ondas de alta frecuencia, capaces de provocar la vibración desintegrante… Cada vez que vaya a un concierto, me acordaré de tu mundo y de tu reina…

—Y yo me acordaré de que la música fue mi ambiente… y me unió a ti. Esto es lo más importante de todo, Altea mía.

Se unieron sus labios, se fundieron en un beso casto, hermoso,

profundo, lleno de ternura, de amor y de esperanzas.

Por encima de ellos, las estrellas parecían sonreírles. Desde una de ellas, lejana y radiante, Melody y sus gentes, el pueblo magnífico de Sonyo, estaría contemplándoles con los ojos de sus corazones y deseando justamente aquello que ahora poseían: felicidad, mucha felicidad…

* * *

Sí, así ocurrió.

Así sucedían las cosas en la Centuria Treinta de nuestra Era. Allá por el Año 3000.

Después de todo, los seres y sus problemas, no se diferencian tanto, sea cual sea su situación en el Tiempo.

Ni siquiera en el siglo XXX…





LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 · BARCELONA

Precio: 7 ptas.



Enrique Sánchez Pascual.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.